

100

COSTA RICA PINTO RESCA



17.2607
COSTA RICA PINTORESCA

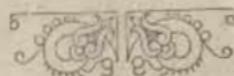
Sus leyendas y tradiciones

COLECCIÓN DE NOVELAS, CUENTOS

HISTORIAS Y PAISAJES

POR

Manuel Argüello Mora



SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRESA Y LIBRERIA ESPAÑOLA

Maria v. de Llanos

1899

CENA
3982
ALPH
C12

334!

DEDICATORIA



A MI HIJA POLÍTICA

Doña Clemencia de Argüello de Vars;

Y AL SEÑOR

Licenciado don Cleto Gonzalez Viquez.

La Sonámbula de Pirro

El día que la ví por primera vez, sentí que una ráfaga de luz iluminaba todo mi sér, y dudé si en verdad había vivido antes, ó si aquel momento era el primero de mi existencia.

Los cafetales que rodean á Heredia, la ciudad simpática, habían florecido aquella mañana, y el suave perfume que sus blancas flores despedían, aumentaba la dulce embriaguez que consigo trae el amor primero.

Sí, es el primer amor néctar divino que sólo una vez es dado paladear al mísero rey del mundo; pero cuyo recuerdo colora de rosa el cielo de la juventud y nos sirve luego de bálsamo que calma y arrulla la edad postrera.

Paulina tenía entonces quince años. Vivía olvidada, como diamante escondido en aquel hermoso paisaje.

Su casa, igual á otras muchas de su género,

tenía un corredor dos varas más alto que el suelo de la calle, al cual se llegaba por ocho gradas de piedra.

Los padres de Paulina eran bastante acomodados. En el patio, al Norte del corredor, ordeñaban todas las mañanas un hato de vacas cuya leche se destinaba á la venta en la capital. Hacia el Sur se hallaban dos grandes galerones: el de las carretas, que al propio tiempo servía de granero y el en que sesteaban los bueyes á las horas del sol ardiente.

Paulina ordeñaba algunas de las vacas; y pasaba el día arreglando la casa, en la costura ó leyendo el Año Cristiano. Novelas, periódicos y demás obras mundanas, no las conocía.

Y sin embargo de esta vida pastoral y sin emociones, todo en ella era extraordinario y fantástico. En medio del alborozo de una fiesta, se la sorprendía triste y con la mirada fija en un punto del cielo ó del azul horizonte.— Cuando se le llamaba la atención en medio de esa especie de éxtasis, aparentaba reír y hablar como todas las demás; pero al menor descuido de las personas que la rodeaban, volvía como atraída por una fuerza irresistible, á buscar en el diáfano firmamento, el desconocido objeto que embargaba su alma.

No sé si los demás hombres están organi-

zados como yo; pero sí puedo afirmar que á todos nos cautiva lo misterioso y lo desconocido, cuando el misterio anida en el corazón de una mujer joven y bonita.

Es lo cierto que desde que conocí á Paulina, no ví en la tierra y en el cielo más que su suave y poética figura, no oí otra música que su voz; ni en mi pecho cupo otra pasión que la de su amor ilimitado.

En cuanto á mí se refiere, sepa el lector que yo era un muchacho de veinte años; mal estudiante y ardiente amigo de mis amigos. El espejo, cuando ante él me detenía, reflejaba una figura pasable; y mi conciencia me decía que no era tonto. En una palabra: era un joven como hay muchos, aventajando á los demás de la provincia, solamente en cuanto era más pródigo, más vano y más calavera.

Aunque Paulina no me había mostrado preferencia, ni dado prueba siquiera de ser correspondido, jamás dudé de su amor, porque en mi cabeza no cabía el pensamiento de que una mujer de tal modo adorada, pudiera no incendiarse en las llamas que había producido.

Así pasaron algunos meses, que me parecieron minutos. Yo la veía todas las tardes cuando salía al corredor acompañada de sus padres. Creo que un siglo hubiera trascurrido,

sin notarlo, según era de inmensa mi felicidad: las horas que no pasaba cerca de ella, paladeaba el placer de haberla visto, de haber oído su voz encantadora ó de haber sentido su perfumado aliento.

*
* *

Una noche vagaba por las orillas del Pirro, de ese riachuelo lleno de caprichosas sinuosidades, que riega y refresca la parte oriental de la ciudad de Heredia. La luna iluminaba con su luz melancólica, el agua que corría silenciosamente. Eran las dos de la madrugada; pensaba en ella, como de costumbre. Un leve ruido llamó mi atención hacia el camino real. Desde abajo, en donde me encontraba, ví destacarse el bulto de una mujer..... Corro á la curva donde se cruzan la carretera y los rieles del ferrocarril y... ¡oh sorpresa! veo á Paulina, envuelta en una sábana ó sudario blanco. La precedía un hombre de alto cuerpo, vestido de negro, que la volvía á ver cada instante y á quien ella le hacía señas como llamándolo. De tal manera la atraía aquel maldito amante, (pues no podía ser otra cosa), que no se dignó mirarme siquiera. La llamé por su nombre; y no me contestó ni detuvo su apresurado andar...
¿Qué pasó por mi mente, en las cuatro

horas que siguieron á aquel terrible momento? No lo sé; matar, asesinar á aquel hombre; derramar su sangre gota á gota; retorcer su corazón entre mis manos... eso era poco.

Cuando me decidí á acabar con él, ya habían desaparecido ambos y no pude averiguar el rumbo que habían seguido. El Sol, me sorprendió anonadado, sin poder darme razón del lugar en que me encontraba y del motivo porque estaba allí, en ese Pirro que antes susurraba tan dulcemente, y que ahora me parecería un río de sangre.

A las siete de la mañana me dirigí á la casa de Paulina, y la encontré ordeñando sus vacas.—Me recibió con la serenidad de los ángeles, y con sonrisa cándida me ofreció un vaso de leche.

—¿Qué tal noche ha pasado, Paulina?

—Como siempre, muy buena, Carlos, y Ud?

Mala como nunca. Pero, ¿puede saberse sin indiscreción, por dónde salió anoche una persona de esta casa.

—Puedo asegurarle que nadie ha salido anoche, pues mi padre antes de recogerse cierra con llave todas las puertas que dan á la calle.

—Pero Ud. tendrá buen cuidado de tomar una de esas llaves, cuando su papá duerme.....

—No comprendo su broma, Carlos; mas, ¿qué tiene Ud. hoy? Su semblante es el de un cadáver, su tono, no es el habitual, ¿qué le sucede?

—Nada nuevo, señorita, veo que usted es tan falsa de día como de noche.

Este insulto me pareció aun muy poca cosa. Abismado me tenía la frescura de aquella niña, cuya corrupción, según lo visto, no tenía límites. ¿Cómo es posible tanta doblez en tan temprana edad? Mis palabras últimas parecieron afligirla y dos lágrimas bajaron como gotas de rocío por sus mejillas.

Me ofreció la mano y me dijo: «Adiós Carlos; usted está enfermo, cuídese; su fisonomía no es la de siempre, adios» y aquel aborto del vicio se retiró á su cuarto, dejándome lleno de furor, y..... miserable de mí, más enamorado que nunca.

La noche siguiente, esperé en la obscuridad, frente á su casa. A la una y media de la noche, ví sobre una tapia el perfil de Paulina y su sombra dibujarse en la pared interior de la casa. Una vez de pie sobre la tapia, la descarriada criatura colocó un madero, en plano inclinado, entre el suelo de la calle y lo más alto del muro. Por ese plano bajó la pérfida mujer, y ligera como una gacela, corrió hacia la calle que atraviesa la línea férrea. La

seguí casi corriendo. Llegó á la Estación, y continuó hasta bajar la cuesta que conduce á Pirro. El misterioso personaje vestido de negro la esperaba oculto tras una cerca de la carretera. Paulina no hizo caso de su compañero y continuó su camino. El hombre del negro vestido la siguió, pero, ¡cosa inexplicable! procuraba esconderse de Paulina. Más bien parecía en acceho, como observando su conducta, temeroso de ser sorprendido. Así caminamos juntos sin dejarnos ver el uno del otro. De repente un rayo de luna hizo que Paulina distinguiera á mi desconocido y sin titubear se dirigió á él, y en voz apenas inteligible pronunció dos ó tres veces el nombre de Carlos!!! Carlos, me dije, Carlos se llama también el que me roba mi amor y mi vida; que mueran pues él y ella y que la tumba cubra para siempre esa maldita pareja que así se burla de mi desesperación y de mi estúpido amor. Saqué un revolver que había preparado cuidadosamente, y en un momento de delirio y de celos iba á disparar á quemarropa sobre aquellos desgraciados; pero la nube que cubría mi espíritu desapareció por un momento y en vez de tirar del gatillo, desmonté el revólver y eché á correr... sin saber para dónde. Al pasar por la Estación, ví abierta una cantina y entré. Pedí un vaso de ron y lo apuré de un sorbo. Poco

acostumbrado á tomar licores espirituosos, se apoderó de mí una especie de rabia, luego ví pasar todas las escenas de la vida plácida é inocente de Paulina, y un raudal de lágrimas brotó de mis ojos..... El día siguiente, me marché para Cartago. Nunca olvidaré aquel triste día en que abandoné mi ciudad natal. Tomé el tren de las nueve de la mañana. Llovía un fuerte aguacero, y el cielo estaba cubierto de nubarrones negros, como lo estaba mi alma.

Al pasar por Santo Domingo, subió al tren un anciano en estado de embriaguez, quien una vez acomodado en su asiento, empezó á sonreír y hablar solo. Entre otras cosas decía: «aguardiente divino..... guaro misericordioso» ¿qué sería de mí si no existieras?..... los males se olvidan..... y los bienes parecen mejores de lo que son.....

El genio del mal no podía encontrar mejor ocasión para enseñorearse de un hombre. Desde que me instalé en Cartago, empecé á poner en práctica la medicina que recetó el anciano de Santo Domingo. Antes de almuerzo comenzaba á beber para olvidar el pasado, y en la noche seguía bebiendo para perder el miedo á mi destino futuro que mi mente enferma me pintaba tan espantoso.

Así pasé un año. Mas la receta del viejo del tren no producía el efecto deseado. ¡Cuánto

se engaña el que del licor espera el olvido! La herida de mi corazón sangraba cada día con más fuerza, y mi existencia me pesaba de tal modo, que decidí concluir con ese tormento.

La embriaguez casi continua en que vivía, barme sumió en un estado tal de degradación, que mis mejores amigos se alejaron de mí. Mi nariz roja y una obesidad que cada día aumentaban, me convirtieron en un ente repugnante.

Una mañana tomé el tren para Heredia y sufrí animarme en el terrible camino del crimen apuré una cantidad de licor bastante á incendiarme la sangre y hacer de mí un animal rabioso. Pasé el día encerrado en casa de un conocido y en la noche me aposté frente á la casa de Paulina. La obscuridad era profunda y apenas se podían distinguir los objetos blancos ó de color claro.

A las dos de la madrugada apareció sobre la tapia la niña maldita que causaba todos mis males. Esta vez no bajó sino que saltó al suelo, y sin ruido casi, empezó á andar dirigiéndose á Pirro.

La seguí tan de cerca que casi la tocaba. Ella no se dió por entendida y continuó su camino. Pero esta vez tomó los rieles, la curva que atraviesa el riachuelo, y por fin, la carretera. — Allí se sentó á la orilla del barranco, que en aquel lugar tiene como diez varas de

profundidad. El caballero del negro vestido lo observaba en silencio. El valor me faltó para matarlo, y saqué una media botella de ron. De un solo trago la apuré y estuve unos minutos indeciso.—De repente sentí un impulso de furor y me lancé sobre la infeliz, y quien disparé un tiro de revólver. Dió un grito y cayó en la corriente del Pirro.... Como un tigre hambriento corrí hacia mi rival. Pero el mismo se adelantó y avanzó sobre mi persona. Disparé la segunda cápsula poniéndola en boca del revólver en el pecho de aquel ser aborrecido. Cayó también; pero asiéndome por un brazo me arrastró en su caída, y con ira profunda me dijo: miserable, asesino ¿sabes lo que has hecho? Sí, contesté, he matado á tu amante y acabaré contigo.

Desgraciado de tí, contestó el desconocido, agonizando ya, la niña que has asesinado es la más pura y perfecta criatura..... yo la encontré una noche..... vagando sola..... y la seguí..... pronto comprendí que era..... sonámbula;..... no es el amor lo que me ha guiado..... sino la compasión y..... la..... curiosidad..... he podido evitarle..... algunos peligros. Me llamo Roberto Téllez..... ella..... amaba á algún Carlos, pues ese nombre, muchas veces lo repetía. No pudo continuar porque una gota de sangre se lo impidió.

¡¡Sonámbula, Dios mío, sonámbula!! he allí la explicación de la espantosa pesadilla en que hacía diez y ocho meses se consumía mi cerebro.

Los tiros repetidos por el eco de aquellos barrancos, atrajeron á los habitantes más cercanos de la trágica escena.

Mi primer impulso fué arrojarme al precipicio donde había caído Paulina. Más, en ese momento recordé que aun conservaba tres cápsulas intactas..... apoyé el cañón en mi frente y..... disparé.....



No sé cuantos días pasé sin saber si existía, devorado por una intensa fiebre.— Una tarde abrí los ojos y ví al pie de mi lecho al médico mirándome con gran curiosidad. Valor, me dijo ya no hay peligro.

No comprendí nada al principio; pero, poco á poco empecé á recordar los últimos sucesos, y cuando me hice cargo de la terrible realidad, supliqué me dijeran el estado de Paulina, si aun vivía. Está buena y sana contestó el médico. No fué la bala lo que la hizo caer, pues el proyectil apenas tocó uno de sus brazos. Cayó porque el tiro la despertó, y los sonámbulos pierden el tino al despertar.

*
**

Este drama produjo gran escándalo. Fui juzgado: el jurado me absolvió, teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales bajo cuya influencia había obrado.

Cuando estuve enteramente restablecido, el Cura bendijo la promesa mutua que Paulina y yo hicimos de amarnos siempre. Un niño, llamado Roberto—en recuerdo del desventurado Téllez—y una niña, Mercedes, fueron luego las delicias de nuestra vida conyugal.

La loca de la Avenida Central



Era feliz cuanto se puede ser en este valle de lágrimas por más que la prematura muerte de mi marido me hubiera desgarrado el corazón; tal era el encanto que á mi existencia prestaba la atención debida á mi hijo, niño de cuatro años, que Dios me dió, gracioso, bello y lozano como el que más lo fuera entre los escogidos. Arturo, absorbió mi vida desde que nació: su crianza y su cuidado eran el único objeto de mi existencia. Sus cariños y sonrisas refrescaban mi corazón, al paso que la más pequeña incomodidad que sufriera, me llenaba de amargura: En una palabra, la carita de Arturo era el termómetro de mis días. Así se deslizaban tranquilas y bonancibles unas tras otras las horas.



Una mañana, mientras arreglaba los muebles de la sala, oí unos gritos en la calle que no

me preocuparon al principio, sino hasta que un numeroso grupo de personas se detuvo en la puerta de mi casa. Un sacudimiento súbito de mi corazón me anunció la presencia de una nueva desgracia. Tocaron fuertemente á la puerta, la abrí... y un desconocido, mostrándome el cadáver de mi Arturo, que traía entre sus brazos, me preguntó si yo era la madre de aquel niño. ¡Oh naturaleza cruel é indiferente!, el cielo estaba azul, limpio y sereno..... cuando mi Arturo, mi vida, mi alma, dejaba de existir!

Un carretón cargado de muebles le había pasado por encima después que los caballos lo pisotearon y maltrataron! Muerto, enteramente muerto estaba mi pequeño Arturo! Al estrecharlo contra mi corazón, sentí ese frío, ese siniestro frío que tan pronto adquieren los restos del humano sér. El agudo dolor que devoró mi alma al contemplar el pálido y rígido cuerpo de mi hijo cesó repentinamente. Una nube empañó mis ojos y toda mi existencia anterior desapareció como por encanto de mi memoria.

*
* *

Allá en lejanos horizontes se me aparece y desaparece Arturo sonriéndose y enviándome besos..... Yo se los devuelvo, y para hacerlo venir hacia mí, le canto con infinita y suave

tristeza la balada con que acostumbraba dormirlo: «Arrurrú niño, arrurrú callá, que si el cielo llora quien nos cantará».

Dicen que soy loca y que ahora atravieso un lúcido período que será el último, pues enseguida debo entrar en la época del furor. ¡Dios mío, furiosa yo! Pero, en todo caso, más vale ese estado, que el inmensamente doloroso, el de mi cabal juicio, pues desde que la locura sale, la memoria del niño, de mi Arturo vuelve y recrudece todas mis penas y desesperaciones.

Duermo poco y sueño constantemente con un cilindro helado que toma diferentes formas, pero siempre en estado de hielo. Ese cilindro á veces saca dos ruedas por los lados y dos caballos por un extremo... luego aparece mi niño debajo de todo... y cuando ha pasado la escena tan solo queda un montón de nieve. Otras veces sueño con millares de chiquitos fríos y amarillentos, que juegan con carretones cargados de muebles...!

Al despertar de esas pocas horas de cansancio, mi primer impulso es halagar un objeto blanco que siempre está cerca de mí. Unas veces es una palomita que se va inflando y toma las formas de un niño, cuya cara nunca veo. Me fatigo dando vueltas á ese cuerpo de niño, en busca de la cara; jamás la encuentro. Al expirar el día, sobre todo al toque de la

oración, infaliblemente soy atraída por una melodía divina que canta: «Arrurrú niñito, arrurrú callá, que si el cielo llora ¿quién nos cantará?»

Cuando un sonido cualquiera se repite muchas veces de igual modo, como sucede con los repiques de las campanas, ó con el martilleo de un herrero, cada golpe ó sonido me dice: «Arturo, Arturo», y luego sigo oyendo ese nombre horas enteras. Por eso dicen que soy loca, pero no es cierto. A usted le digo lo que pasa. Eso sí no me delate porque me martirizan dándome bromuro: el doctor que nos cura no tiene hijos.

*
* *

Tal es la triste relación que me dictó Lucía en el Hospicio Nacional de Locos el día de la visita pública del establecimiento.

La fiebre amarilla

Por fin amaneció el día temido; el sol alumbró esta tierra habitada por tantos Doroteos y Doroteas. Si señor; era el día de San Doroteo, y por consiguiente, había que felicitarlos á todos y particularmente á las Doroteas jóvenes, niñas, casadas, viudas y viejas.

Mi mujer y mis ocho hijas no llegaban á almorzar á pesar de ser las once, porque recorrían las tiendas buscando los regalos para las Doroteas.

Pero antes sepa el lector que aquel fúnebre día era dos veces fatídico. Era sábado y al mismo tiempo día de San Doroteo..... ¡¡que Dios se apiade de esta su casa!!

Yo acostumbro poner en mano propia de mi esposa la cantidad de cinco pesos cada sábado, lo cual representa en el mes, suponiendo que no tenga la crueldad de contener cinco sábados, la tercera parte de mi sueldo, que alcanza á sesenta pesos. Esto era bastante

en otros tiempos, y á veces, quedaban algunos centavos para el domingo. Pero ese tiempo feliz pasó..... y..... no volverá..... mientras que el día de San Doroteo y cuarenta santos mas que han hecho de mi vida un infierno aparecen año con año.

Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿por qué los santos se han convertido en una calamidad apenas comparable con la peste, el huracán ó la guerra?

|||Ay lector querido, lo que ha venido á destruir mi tranquilidad doméstica, lo que ha producido la ruina de innumerables familias, en una palabra, lo que motiva el estado lastimoso de nuestra fortuna es, pura y simplemente, un hecho que antes nos parecía natural y corriente á saber: que una persona cumpla años ó se case ó esté viva el día del santo de su nombre.

Sí, amigo mío, (caso de serlo) hoy por hoy, un hombre puede no comer, puede no pagar el alquiler de la casa en que vive, puede..... en fin..... todo lo puede, menos una cosa, y es ser menos que otro ú otra y dejar de hacer un regalo suntuoso á todas y á cada una de las personas que conoce, cuando esas personas cumplen años, ó se casan..... fuera del día primero del año y del día del santo de su nombre, en que todos tienen derecho á que se les regale..... cualquier cariñito, con tal de que sea mejor que

el del vecino, y que no sea cosa muy vulgar ni conocida, por ejemplo: un album á la Roskoff, valor \$50, ó un juego de té, fábrica Ruols. que no baje de cien pesos.



Por fin se aparecieron mis ocho bendiciones (que así llaman algunos á los hijos de su corazón) cargadas con ocho paquetes de diversos colores y volúmenes, que colocaron cariñosamente sobre un sofá y comenzó el almuerzo compuesto de arroz y frijoles sin manteca, seguido del café, que era una agua teñida color de tierra de siena sin dulce.

Mi cara mitad y los ocho pedacitos de mi alma comían y bebían con delicia aquellos manjares exquisitos, sazonados con la.... esperanza de sobreponerse con su regalos para las Doroteas, á muchas de las gentes ricas y pudientes. ¡¡Qué placer ver en la habitación de Dorotea, Sinsal, la hija del doctor del mismo apellido, es claro, las doradas tarjetitas colgando de los floreros, álbums y abanicos, con el nombre de mis ocho tórtolas, Bailotina Simpelo, Alborotina Simpelo, Coquetina Simpelo, etc., etc. ¡¡Oh triunfol!

Por lo que hace á mí, confieso que á ese *veni, vidi, vici*, hubiera preferido un *vine, comí*

y bebí café con azúcar y leche y pan y mantequilla; pero eso no era posible y me contenté con entablar el sabrosísimo diálogo siguiente con mi esposa llamada Sinforosa, y mis hijas.

Sinforosa.—Querido Simplicio, cuán dulce me parece el café sin dulce, cuando esa falta de dulce se compensa con un sobro de auge y de representación social

Yo.—Adorada Sinforosa, yo quisiera de buena gana ser un verdadero diputado para no discrepar de opinión contigo; pero te pido perdón de salvar mi voto y continuar siendo conservador y testarudo en eso del dulce para el café. Llevaría mis pretensiones hasta desear que un poco de manteca amenizara la dureza de estos frijoles... Aquí iba de mi discurso inaugural del almuerzo, cuando fui anonadado con nueve ah! oh! ¡i! ja! ju! y otras interjecciones de espanto, de lástima y de compasión, mezcladas de cierto aire de protesta enérgica y bien acentuada.

Corsetina, mi cuarta hija, y Coloretina, la quinta, tomadas del brazo y desplegando un pañuelo en guisa de pabellón insurreccional se levantaron y en duo *forte assai*, exclamaron: ¡¡Pobre papá, se olvida de que estamos en la época moderna y que su papel ya pasó..... Esto estaba bueno en 1850, cuando nuestros antecesores, que eran simples patanes con zapatos, apenas ganaban cómo vivir la vida material

y vulgar: pero ahora que nos acercamos á la época futura y somos el lazo entre el presente y el porvenir, no se trata de vegetar como los animales, sino de vivir con el espíritu; de vencer en la lucha social y de que nos señalen como modelo de lujo, elegancia y liberalidad en nuestras relaciones. Comprendemos que en aquellas edades oscuras y casi olvidadas, el estómago ocupase un lugar preeminente. Hoy todo ha variado: ese prosáico estómago desaparecerá dentro de poco.

Yo.—Como van desapareciendo los pulmones en algunas familias; si, hijas mías, la próxima generación no tendrá ni pulmones ni epidermis, que serán sustituidos por los corsés y los polvos de arroz. Comprendo el placer de anodadar á las amigas humillándolas con valiosos regalos, siempre que eso se pueda hacer suprimiendo la comida, el lavado de la ropa, el alumbrado, etc. etc., pero como aún así el déficit mensual pasa de \$ 40, llegará un día en que además de vivir en dieta perpetua, siendo ustedes mismas cocineras, lavanderas y planchadoras, nos embarguen la casa y tengamos que salir con los floreros, costureritos y demás regalos pasivos, á habitar dentro de un álbum, abrigándonos con abánicos y alimentándonos con caramelos, dátiles y *bouquets*.

Descaradina, mi hija 7.^a—¡Tanta algazara

por un miserable pañoloncillo de burato que me ofrecen, por ser á mí, en \$ 47, cuando la hija de don Risueño Perote tiene preparado para Dorotea Sinconciencia, un prendedor de brillantes que le costó \$ 250.

Yo.— Sí, Descaradina mía, esa señorita puede regalar \$ 250 porque su padre es dueño de un capital de medio millón de pesos, mientras yo sólo poseo deudas por una respetable suma y tengo por toda entrada los \$ 60 del sueldo.

Lujosina, mi octava hija:— La verdad es que papá pretende luchar contra la corriente; pero nada sacará porque la moda es una potencia contra la cual el vencido no se rehabilita nunca. El ridículo se encargará de castigar al osado que la combate.

Yo.— Eso es exacto, yo lucho; pero sigo la corriente, la cual nos lleva á la bancarrota y al hospital. El sinnúmero de miserias que serán el resultado de esa ridícula moda de regalar lo que no se tiene, espantaría la imaginación del más valiente. ¿Por qué no limitarse á mandar su tarjeta ó á lo más un ramo de flores á la amiga, ó la parienta que cumple años ó contrae matrimonio? Eso se agradece lo mismo y cuesta casi nada.

Este diálogo sin dulce fué interrumpido por repetidos golpes en la puerta de la calle. Buen cuidado tuve de no ir yo mismo sino que

mandé una descubierta compuesta de Bailotina y Coquetina á averiguar quien llamaba con tanta confianza. Bailotina calladamente depositó en la mesa media docena de cuentas del zapatero, de Troyo & C.^a, de André & C.^a y una orden del Alcalde para que yo, Simplicio, compareciera á contestar demanda por falta de pago de varias mercaderías..., regaladas el primero de enero por mis hijas á setenta y dos conocidas suyas, lo cual da un total de nueve amigas por cada hija y.... ¡¡que ve!!.... embargo de la tercera parte de mi sueldo.... Alborotina fué de opinión que yo desafiara al Alcalde y al Juez ejecutor. Coquetina manifestó su sentir con más calma aconsejando un baño de agua hirviendo en favor del que me embargara el sueldo. Corsetina manifestó que lo mejor sería renunciar el destino para impedir el embargo pues, muerto el perro, muerta la rabia. Pero yo, juiciosamente resolví... pedir una prórroga á los cobradores, un aumento de sueldo al Gobierno y comprar sobre la marcha tres números de la rifa, pues pensándolo bien tal vez sacábamos el número gordo, todo lo cual fué aprobado por mis bendiciones con la condición de que no se suspenderían los regalos del día. Así concluyó el de San Doroteo y el inolvidable almuerzo tan lleno de alegres chistes y tan escaso de carne y demás adminículos digestibles.

persistí y lloré y grité y mordí á la prudente criada quien por fin apeló al gran argumento: la Llorona. Se me notificó que si seguía gritando llamarían á ese espantajo; más yo que no tenía seguridad de su existencia no hice caso de la amenaza. Estaba en lo mejor de mis furores, cuando vi entrar á la alcoba á una vieja con el pelo en desorden dando unos gemidos espantosos. «Llévate este niño, Llorona, dijo mi nodriza, y me puso en los brazos de la vieja, quien me dió varios besos, fingiendo que lloraba. Por supuesto que yo no tuve valor para mirar de frente aquella fatídica aparición... hasta la facultad de gritar perdí desde que me sentí en poder de la Llorona. Apenas pude arrojar al viento la frase que consideré mi salvación, y con voz temblorosa grité: «No quiero elotes, nunca más elotes».... El remedio fué efectivo, porque al oír mi palidonia, me pasaron de los brazos de la Llorona á los de mi china.

Desde esa representación tan á lo vivo, creí firmemente en la existencia de la inmortal Llorona, y fué santo remedio para todos mis caprichos, la amenaza de sus besos y abrazos.

Ya véis, querido lector, que la leyenda no miente. La Llorona existe en realidad... en la imaginación de los niños y en la memoria de los viejos.

Un abogado fin de siglo

Don Florentino Cantaparado, último vástago de la noble familia Bicicleta, es un abogado de muy alta talla y corta clientela, pero muy solicitado por la numerosa y variada clase de *ingleses* de plazo cumplido. En la mañana usa buen saco de cheviot y mal almuerzo de lentejas; en la tarde, larga levita á la moda y corta comida, no regada con vino ni cerveza; y en la noche, frac, sombrero de copa, guantes anchos y estrecha dieta, por haber suprimido la cena que cambió por la ópera francesa.

El Licenciado Cantaparado hizo un viaje á Europa; largos dos meses vagó por el viejo mundo, y volvió transformado en doctor. ¿Qué universidad ó gobierno lo doctoró? El fabricante de tarjetas, que cambió la Licenciatura por el Doctorado; y como á nadie le importa que el descendiente de los Bicicletas haga preceder su nombre de una L ó de una D. Don Cupertino vivirá y morirá Doctor, como pretenden

vivir y morir tantos poetas, literatos y escritores in partibus in fidelium, que apenas son escribientes, escribanos, ó literatos á la *fourchette*.

Es una dicha que en nuestra egoísta sociedad nadie quiera arrojar la primera piedra; pues si todo el que se adorna con falsa ó ajena pedrería, estuviera expuesto á que se la reclamen en la calle, tendrían muchos que volver desnudos á su casa.

Decíamos pues que el Doctor Cantaparado (y no hay que fijarse en el sentido literal del apellido de don Cupertino, porque él no canta parado ni sentado; lo único que suele cantar es la palidonia), reflexionando que el dinero atrae el dinero, y que donde no hay aguas no hay peces, determinó, para atraer clientela á su bufete, enganchar dos artesanos arruinados para que asistieran á su oficina, de las once del día á las cuatro de la tarde, y se ocuparan en hablar en altas voces, de grandes reclamaciones pendientes, llamando así la atención de los transeuntes. El uno viene á pagar mil pesos al Doctor por el valor de sus honorarios en el pleito que acaba de ganar; el otro á darle las gracias por la brillante defensa que produjo la absolución de un su hermano incriminado. Los sábados se hace rodear de ocho ó diez asalariados que lo siguen por esas calles de Dios;

pero no ocupa las aceras sino que marcha medio á medio de la calzada, repartiendo sonrisas, unas veces á la izquierda y otras al grupo de la derecha, que lo forman una vieja gritona y tres ó cuatro *ciudadanos* que se presumen litigantes. El itinerario es invariable: del Registro de la Propiedad á la cárcel pública y de allí á las oficinas de la policía, concluyendo con una entrada triunfal al Palacio de la Corte Suprema. En ciertos momentos que el Doctor Cantaparado sabe muy bien elegir, exclama: Señores, no me es posible complacerlos á todos; mi tiempo está empeñado minuto por minuto; acudan á otros abogados; á lo cual contesta la vieja, con lacrimoso acento: prefiero no pelear si su merced no se hace cargo de mis negocios!!

El Doctor Cupertino es un verdadero filósofo, y á falta de sólidos conocimientos en el derecho y en la práctica de la ciencia jurídica, le sobra el arte de vivir, ó la ciencia práctica del bien y del mal. Esa sabiduría de tejas abajo le ha enseñado muchas cosas buenas; entre otras, que, ciertamente el silencio es de oro, la palabra de plata, y la escritura de plomo. Por eso nunca escribe, ni alega en Estrados. Eso sí, la palabra al aire libre es su fuerte.

Para cohonestar su silencio y abstención de los Estrados, en los dos únicos pleitos que ha dirigido, ha logrado persuadir á sus clien-

tes, de que mas pleitos se han perdido por mucho hablar, que por poco decir.

Parece á primera vista, que un sér tan práctico y prosáico, debiera ser refractario á las dulces peuas del amor, que es todo poesía é ilusión; más estaríamos en un error si tal pensáramos. Don Cupertino Cantaparado, creyó una vez que amaba y se sacrificó á Himeneo, que se le apareció bajo la forma de Venus Jamanca, pero rentista y propietaria de bienes raíces.

Cuando pasó de la existencia unilateral, tan tranquila y barata, á la vida bilateral y activa le sobraron los pleitos y disensiones, pues apenas tiene tiempo para defenderse contra su agridulce contraparte y para arrepentirse de haber pasado voluntariamente del singular al plural.

Por lo dicho, lector discreto: si alguna vez la descarnada mano de la violencia y de la injusticia, llama á vuestra puerta, no lo abráis antes de consultar con el Doctor don Cupertino Cantaparado.

Manuel Argüello Mora

El Prusiano de San Antonio

San Antonio de Belén es una de las muchas joyas que posee la provincia de Heredia. La población se compone de una sola calle como de un kilómetro de largo, á uno y otro lado de la cual han construído sus casas las lindas belemitas.

Era en Mayo de 1857. La hermosa carretera estaba adornada con arcos y en todas las casas tremolaba la bandera tricolor, símbolo de nuestra nacionalidad.—A pesar de ser un día de trabajo nadie se ocupaba en las faenas cotidianas, sino que, al contrario, las belemitas llevaban su traje de coger misa y los pocos hombres que allí se contaban, sus anchas bandas de seda y sus chaquetas de paño negro tan sólo acostumbradas en los días domingos ó de fiesta de guardar.

Se esperaba el paso del ejército expedicionario, vencedor de Walker, que ese día entraba á San José, capital de la tierra bendita,

que con su esfuerzo habían salvado nuestros valientes soldados. Las novias, más hermosas y más coquetas que nunca, esperaban con ansia á sus prometidos vencedores; los padres á sus hijos y las hermanas, sin madre, á sus hermanas en quienes cifraban todas las esperanzas de su existencia.



A medio día, un estremecimiento nervioso se sintió en todos aquellos corazones que palpitaban del temor de no encontrar en el ejército la persona que esperaban. Allá en el poniente se levantó una inmensa nube de polvo al propio tiempo que algunas notas perdidas de la corneta que rasgaban el aire en el lejano horizonte, llegaron al oído de la ansiosa concurrencia.

Poco á poco se acentuaron las notas, la música militar se dejó oír distintamente, y las belemitas impacientes de esperar corrieron al encuentro de los soldados, llenas de entusiasmo, al compás del Himno de Santa Rosa, nuestra marsellesa desde los tiempos de la epopeya nacional. Por fin, pasó el ejército. El General en Jefe rodeado de su Estado Mayor precedía la interminable fila de valientes libertadores de la patria en medio de los cuales venían sete-

cientos prisioneros de guerra pertenecientes á todas las nacionalidades.—El entusiasmo no tenía límites.

*
* *

Sin embargo había allí dos ancianos inconsolables: un matrimonio que enternecía con sus lágrimas, al cual el paso del ejército le había arrebatado la última esperanza, la postrera ilusión de su desventurada vejez. Este matrimonio tuvo dos hijos, Ramón y Pedro. El primero fué destrozado por una bala de cañón el 11 de Abril de 1856, y Pedro marchó con el Presidente Mora cuando éste hizo su segundo llamamiento á la juventud para abrir la última campaña, la del Río San Juan, en la cual los costarricenses tomaron los vapores de guerra del enemigo, sin embarcaciones, sin artillería, cuando á nado se hicieron dueños de esas baterías flotantes. El mismo padre se lo presentó á Mora diciéndole: Don Juanico aquí le traigo á mi segundo hijo para que lo aproveche en bien del país. Pero el pobre Pedro no vino con el ejército sino que encontró sepultura en las ardientes arenas de la costa, ya no había motivo para dudarlo.

*
* *

Dos semanas despues que el ejército había entrado á San José, una noche oscura y lluvio-

sa, cuando dormían los desgraciados padres, se oyeron unos golpes dados á la puerta de la casa.—El perro ladró al principio pero luego movió la cola en ademán de cariño: abrieron la puerta y un mocetón pálido, flaco y enfermizo que se sostenía en dos muletas porque le faltaba la pierna izquierda, se precipitó en la estancia llamando á grandes voces á aquellos ancianos que lo creían muerto. Era Pedro que llegaba de último, pero que al fin llegaba. Venía acompañado de un extranjero de mediana edad, rubio, de ojos azules como el cielo y de alta y fuerte contextura. Era un prusiano filibustero, que servía en el vapor «Morgan». Al abordar Pedro esta nave, recibió de él un balazo en la pierna y Pedro con la bayoneta de su fusil atravesó á su heridor.

La herida de Pedro hizo precisa la amputación de la pierna. Más feliz el prusiano, se curó por completo y agradecido del buen trato que recibió de los costarricenses y especialmente de Pedro, se convirtió en un afectuoso servidor de éste. Con permiso de dejar las filas del ejército sitiador de Rivas, Pedro emprendió la marcha á pie á su hogar acompañado de Jorge que fué su providencia. Este ganaba en los caminos reales algunos centavos con los que se mantuvieron ambos hasta que llegaron á San Antonio.—El Gobierno pensionó á Pedro;

y Jorge, que era un trabajador infatigable se casó con una belemita acaudalada. Hoy viven dos hijos del prusiano, pues éste fué víctima de una anemia cerebral y el cojo Pedro pasa sus días sentado en un taburete de cuero en el corredor de su casa, donde á veces se duerme contemplando su pierna de madera.

Margarita

(NOVELA HISTÓRICA)

Margarita era una linda muchacha de dieciseis años de edad, blanca, de cutis sonrosado, ojos muy vivos y muy negros, de robusta contextura y flexible y coqueto talle. En plena juventud, rodeada de las flores del campo, besada por la brisa de los montes, colocada en un medio ambiente de envidiable moralidad, nuestra protagonista no conocía la tristeza ni el fastidio. Era una fervorosa creyente y amaba con todo su corazón á una su Virgencita del Pilar que mantenía siempre á la cabecera de su cama.

Margarita se había creado en compañía de un primo suyo llamado Jorge, quien quedó huérfano á muy temprana edad: era un hermoso muchacho, de imaginación despierta, de aspecto simpático, valiente y de gran corazón. Corrían juntos por el campo tras las fugaces mariposas, juntos iban á la ermita, juntos oraban en las noches á la Virgencita del Pilar.

Así crecieron con los mismos gustos, las mismas pesadumbres, las mismas ilusiones, sin sospechar que existiera el amor y menos aun que cuando no fueran chiquillos habían de amarse con locura.

Contemplaba ella una puesta del sol rodeada de dorados celajes y argentinas nubes y le era indiferente el grandioso panorama, pero con Jorge á su lado, el cielo era bellísimo y aquella caricia de la divinidad le parecía deliciosa. Si el día era tormentoso, si los truenos espantaban al vecindario, su corazón no temblaba en hallándose cerca de Jorge, que era para ella el más fuerte de los hombres.

Jorge tenía un amigo á quien quería con toda la sinceridad de su corazón, llamábase Ricardo. En su compañía había pasado los primeros años de su infancia y los de su adolescencia. Cuando no estaba con Margarita, mataba el tiempo con aquel. Este era un mocetón robusto, bien formado, educado á medias, dueño de una alma pérfida y de un corazón depravado y corrompido. Amaba á Margarita pero ocultaba tan hábilmente sus pasiones que hubiera sido muy difícil descubrirlo, y á la sombra de esa bien llevada hipocresía trabajaba sin cesar para conseguir su objeto sin tener empacho en poner en práctica cualquier procedimiento de dudosa moralidad. Odiaba á Jorge porque en

él veía el novio de Margarita y más aun á su vecino llamado Patricio, gamonal solterón que había pasado ya de los cuarenta años pero que á falta de juventud era dueño de una cuantiosa y muy apetecible fortuna. Este último llevaba negoeios con los padres de Margarita y en el vecindario era muy valida la historia de que Patricio se casaba con Margarita porque la familia de ésta saldaría con su matrimonio las cuentas ya muy subidas que había de cobrarles tarde que temprano el gamonal capitalista.

Una tarde se enteró Jorge de los rumores callejeros y fue entonces cuando vino á saber que el amor se había apoderado de su corazón, que Margarita no era su amiga de la infancia sino la mujer que le inspiraba la más intensa pasión que jamás lo hubiera conmovido; fue entonces que sintió por primera vez la desesperante angustia de los celos y entonces fué que se sintió hombre obligado á luchar cuerpo á cuerpo con los designios del destino.

Esa misma tarde habló con Margarita. quien á su vez vió desplegarse ante sus ojos todo un ensueño, comprendió el amor, y su inocente corazón de niña palpité por vez primera á impulsos de esa gran pasión. Se habían amado mucho tiempo sin saberlo, habían sido niños unidos por la simpatía y el compañerismo, ahora eran jóvenes apasionados que iban á defenderse

de las intrigas de Ricardo, que aún no conocían, y de los bastardos intereses de Patricio.

*
* *

Poco tiempo había trascurrido después de este incidente, cuando se supo en toda la República el desembarco en Puntarenas de don Juan Rafael Mora, quien llamado por sus numerosos partidarios á fin de colocarlo en la Presidencia que le había sido arrebatada por el cuartelazo del 14 de agosto, comparecía valientemente á la cita que el pueblo de Costa Rica con tantas insistencias le había hecho.

El Presbítero Raimundo Mora, virtuoso é ilustrado sacerdote. Cura del barrio de Guadalupe, incondicional partidario del proscrito Presidente como lo era la casi totalidad del clero, al saber la grata noticia se dedicó sin descanso á influir en el ánimo de los milicianos animándolos á partir á favorecer á Mora contra el ejército que al propio tiempo levantaba el Gobierno para combatirlo. Era el confesor de Margarita, su consejero íntimo, el único después de Jorge que estaba al tanto de los secretos de su corazón. Así es que le fué bien fácil obtener de su feligresa que convenciera á sus pretendientes á fin de que abrazaran la causa de Mora, tanto más cuanto que ella, como casi todas las

mujeres eran partidarias ardientes del Presidente caído. Y como el más insignificante capricho de esta criatura adorable era cumplido enseguida por sus pretendientes, el resultado que el cura apetecía fué llenado en la medida de sus deseos. Pronto partieron en el batallón del Coronel Pí, el señor Patricio, que iba como oficial, y Jorge y Ricardo como sargentos, resueltos á cambiarse ellos y su tropa al encontrar las fuerzas del Presidente Mora. Pero todos los medios que pusieron en juego para conseguir su objeto fueron fracasando unos en pos de los otros hasta que llegaron á la Barranca y entraron en acción con el ejército hermano, que defendía al Gobierno legítimo, al libertador de Centro América en la campaña de 1856. En aquella sangrienta jornada quedó muerto el oficial Patricio, sin que nadie se explicara el porqué le hubiera penetrado la bala por la espalda, cuando nunca echó pie atrás y cuando fué de los más bravos y decididos en la pelea. Jorge, que como hemos dicho era un muchacho de gran corazón, atendió cuidadosamente á su peligroso rival, y lo llevó á un rancho vecino en el cual murió momentos después.



X Los habitantes de Puntarenas que hoy

tengan más de cincuenta años de edad y las personas del interior que hubieren veraneado en ese Puerto en la década de 1860 á 1870, conocieron y trataron seguramente á la simpática personalidad de que vamos á ocuparnos. Figúrese el lector una mujer en aquel entonces como de veinticinco años, de mediana estatura, de color moreno bastante subido, de ojos negros, ardientes y vivísimos, decidora, espiritual y siempre de buen humor; una mujer toda corazón, capaz de sacrificarse en beneficio de quien solicitara su auxilio y dotada de una energía superior para llevar á cabo cualquier empresa: tal era la Lorenza, que sólo así se le llamaba al estilo nicaraguano, como que ella había nacido en el Realejo, pequeño pueblecito de nuestra hermana vecina.

La Lorenza cultivaba amistad con todo el mundo y lo mismo empleaba su lenguaje familiar, salpicado de chistes y de bromas, con la aristocracia, como ella llamaba á las gentes ricas y bien acomodadas del lugar, que con sus infinitos amigos y amigas de la democracia que eran sus iguales, quienes lo mismo que aquellas, la estimaban de todo corazón. Tenía sin embargo ciertas afecciones que colocaba por encima de todas las demás, como le ocurría con don Juan Rafael Mora y el General Cañas por quienes sentía una verdadera adoración. Es pro-

bable que para la Lorenza lo que más valía después de Dios eran estos dos hombres tan singularmente dotados por la naturaleza.

Con tales antecedentes, lo ocurrido desde la revolución del 14 de Agosto de 1859 hasta Setiembre de 1860, la toma de la trinchera de la Angostura, y sobre todo la resolución del Consejo de Guerra que condenaba á muerte á Mora, afectó muy hondamente el ánimo de la simpática hija del Realejo. Así fué que en la mañana del día 30 de Setiembre, en las pocas horas que transcurrieron desde la presentación del señor Mora al General en Jefe vencedor, y el cumplimiento de la sentencia dictada por el Consejo de Guerra, la Lorenza preparó el siguiente plan destinado á salvar la vida de su viejo amigo don Juanito Mora.

Los soldados Moristas (casi todos lo eran) que asistieran á la ejecución de Mora, ya formando parte de la escolta que había de fusilarlo ó del piquete que para seguridad acompañaría á los ejecutores, debían juntarse en un sólo cuerpo al oír tres silbidos de un pito de policía, para procurar fácil entrada dentro del cuadro á un grupo de mujeres que se presentarían como curiosas, capitaneadas por la Lorenza. Este grupo debía rodear al señor Mora y hacerlo llegar, con su voluntad ó sin ella, hasta la orilla del Estero, que sólo distaba

de los Jobos cosa de unos treinta metros.— Los Jobos son dos grandes árboles al pie de los cuales había de ser fusilado el vencedor de Walker; y por este motivo son ya históricos hasta el punto de que los puntareneños los conservan como testigos que perpetúan la memoria de ese sangriento drama. La Lorenza con su instinto genial había calculado que los soldados, amigos ó enemigos, no harían fuego sobre el grupo de mujeres, muchas de las cuales eran sus novias, sus hermanas ó sus esposas.

En el Estero se debía encontrar un bote con ocho marineros que atracaría á la playa con el pretexto de hacer aguada; pero cuyo verdadero objeto era conducir al señor Mora á bordo del «Reindear», goleta inglesa consignada á don Crisanto Medina, cuyo hijo don Crisanto, que era íntimo amigo de Mora y en esa fecha residía en Puntarenas, había facilitado este poderoso elemento aprovechando la indignación que causaba en el ánimo de los extranjeros la serie de crueldades que durante cuatro días venía ejecutando el ejército vencedor con los vencidos ya desarmados é indefensos.

Tal era el asombroso plan de la generosa Lorenza.



Mora y Arancibia marchaban juntos al lugar donde minutos después habían de morir. El primero iba tranquilo, sereno, saludando á los amigos que encontraba en su calvario. Don Juan Rafael Mora era uno de los hombres más hermosos de su tiempo, de pequeña estatura, pero perfectamente proporcionada, de barba tupida, negra y sedosa, de ojos pardos sombreados por largas y crespas pestañas. Su mirada era irresistible por lo que tenía de penetrante y de atrayente. Arancibia, su compañero, era todo lo contrario: alto, huesudo, de fisonomía antipática, sin energía para los trances difíciles de la vida, cobarde como demostró serlo desmayándose dos veces en el corto trayecto que había entre la prisión y el lugar designado para fusilarlos. Mora lo sostenía de un brazo y lo animaba á fin de que llegaran airoso hasta los fatales Jobos; pero no consiguió comunicarle su valor y su altivez.

Llegaron por fin y fueron colocados bajo las copas de los árboles. Se pretendió vendar al bravo y heroico libertador de la patria, pero éste rechazó indignado aquella fórmula, de seguro muy útil para los espíritus apocados, pero humillante para quien muchas veces se había visto cara á cara con la muerte, sin que sus nervios hubieran sentido la más ligera contracción. Así fué que se le permitió morir co-

mo mueren los bravos, y él mismo dió las voces de mando como si se tratara de dirigir cualquier simple operación militar.

Un silencio fúnebre reinaba al rededor de la escena final. Todos los comprometidos en el plan de la Lorenza se encontraban allí, nerviosos, emocionados, en espera de la señal convenida que ya tardaba en ejecutarse. Preparen!... se oyó decir con voz segura y bien timbrada al valiente don Juanito. ¡Apunten!.... Mil corazones se agitaron en ese instante, y un grito de desesperación infinita salió de los pechos de aquellos conjurados cuando Mora gritó ¡fuego! y rodó su cadáver sobre la arena sin que los tres pitazos, que era la señal convenida, se oyeran entre los comprometidos.

Como se ve el plan de la Lorenza había fracasado.



Ricardo, el pérfido amigo de Jorge, que como recordará el lector vivía enamorado de Margarita, procurando por todos los medios deshacerse de sus rivales, era uno de los comprometidos en el complot de la Lorenza y cuando consideró que todo estaba listo, dió cuenta del plan al General en Jefe del Ejército. Se proponía con esta delación obtener dos fines: uno era hacerse de dinero y de un alto grado mi-

litar y el otro, que era el principal objeto de la traición, perder definitivamente á Jorge, quien de seguro sería pasado por las armas ó desterrado para siempre de la patria, en el cual caso quedaba dueño del campo, toda vez que como los lectores recordarán, el oficial Patricio ya había muerto en el encuentro de la Barranca.

El General en Jefe, muy bien enterado de todos los detalles del plan, no se atrevió sin embargo á arrestar á una mujer tan querida como la Lorenza; sino que, valiéndose del artificio de que la llamaba el General Mora, la hizo entrar á la prisión de éste, es decir á un cuarto vecino al en que el Libertador de Centro América se encontraba. Pronto comprendió nuestra hábil revolucionaria que habían sido delatados, y que se encontraba en las garras del enemigo.

Así se explica la ausencia de la simpática Realejeña en el momento de la ejecución de Mora, y el por qué no sonaron los tres pitazos convenidos.



Cayó la tarde, y la tenebrosa obscuridad de aquella noche de invierno vino á aumentar la tristeza y el abatimiento de tantos corazones que habían palpitado de entusiasmo al calor de la generosa idea de la Lorenza. El silen-

cio que reinaba en la ciudad apenas si podía compararse con el de un cementerio: sólo el monótono rugido de las olas lo interrumpía de cuando en cuando.

La mañana que siguió fué para Jorge aun más espantosa que la víspera.

Preso, incomunicado, criminal, según las leyes militares, sin un amigo que lo valiera en aquel trance difícil de la vida, todo á su alrededor era sombrío. Ante sus ojos se presentaba el cadalso, la muerte sin honra, y la eterna separación de Margarita. Al pensar en ella lo ahogaba el llanto y su mirada, entre imbécil y demente, fija en el plateado mar que lo rodeaba, se desvanecía en el azul horizonte. Pronto fué juzgado y absuelto por falta de prueba; pues la Lorenza no suministró ningún informe que comprometiera á sus amigos, y pocos días después del famoso complot, regresó al interior con el cuerpo de ejército de que formaba parte.

*
* *

Margarita lo esperaba radiante de hermosura y orgullosa de satisfacción: su novio había cumplido gallardamente las instrucciones recibidas de proteger á don Juanito; y el consejo de guerra á que se le había sometido era un título honrosísimo ante el gran partido derrotado.

Ahora lo amaba más que antes, ó al menos así lo creía, porque la vanidad se había despertado en su corazón. Ser la novia de Jorge, el más apetecido y codiciado mozo de aquel vecindario, era sin duda una gran victoria. De Jorge, bástenos decir que era el más feliz de los hombres por el doble motivo de encontrarse otra vez con Margarita, y de haber obtenido de sus padres el consentimiento para hacerla su esposa. En realidad, muerto don Patricio que era el único obstáculo que se oponía á las bodas de Jorge, por las causas que ya el lector conoce, los padres de Margarita miraban con gran placer esta unión que había de constituir la felicidad de su hija. Sin embargo, una nube vino á manchar aquel cielo azul: tal fué el rumor que circuló en el pueblo, sin que se conociera su origen, de que Patricio había muerto, no por las balas enemigas, sino por la mano de Jorge, quien en el fragor del combate de la Barranca, le había disparado alevosamente atravesándolo por la espalda.

Claro está que en el ánimo de Margarita esta historia era una perfidia inventada con el propósito de evitar sus bodas; pero es lo cierto que dadas las señales que aparecieron en el cadáver de Patricio, no era difícil que las sombras de la sospecha mancharan á Jorge, que como hemos dicho veía en Patricio un poderoso rival.

Los padres de Margarita, que conoce el lector, personas de muy severa moralidad y sinceramente católicas, se impresionaron con aquella historia no del todo inverosímil, y á pesar de las lágrimas de Margarita y de las desesperaciones de Jorge, resolvieron que la boda no se verificaría entre tanto no se pusiera en claro la verdad con respecto á la muerte del señor Patricio.

Bueno es que sepa el lector que la amistad de Ricardo se había enfriado casi por completo, y que Jorge no dejaba de sentir en el fondo de su corazón vagos presentimientos con respecto á aquél. De cuando en cuando cruzaba por su mente la idea de que Ricardo había delatado el plan de la Lorenza, y de que éste era el autor de la historia fatídica de Patricio.

Así estaban las cosas en Diciembre de 1860, época en que el pueblo de Guadalupe celebraba las fiestas cívicas del año. Jorge, sin duda para olvidar sus tristezas, jugaba á los dados con numerosos compañeros, entre los cuales se encontraba Ricardo. Ganaba el dinero á torrentes, corroborando la antigua tradición de que los infortunados en el amor son afortunados en el juego, al propio tiempo que Ricardo lo perdía tan rápidamente, que servía de motivo para las históricas bromas de los siempre espirituales jugadores. Cerca de las nueve

de la noche, éste, bastante excitado por]el licor que había consumido, invitó á aquél para que se fueran juntos á los fuegos artificiales. Jorge lo acompañó, mas al llegar á la plaza, fué derribado al suelo por un bofetón de Ricardo. Se incorporó rápidamente y se dió cuenta de lo que pasaba. Ricardo le hacía tiros de muerte con su afilado puñal. Entonces sacó el suyo y entraron en pelea. Pocos momentos después caía Ricardo herido mortalmente.

La gente que se agolpó en el lugar del suceso tomó á Jorge y condujo á Ricardo á casa del Cura. Allí, agonizante, balbuceó las siguientes frases:

«Me muero... tengo miedo del infierno... me aterra la idea de que haya un Dios vengador... yo soy el asesino de D. Patricio en la Barranca, lo asesiné para libertarme de su rivalidad con Margarita... yo... delaté el plan de la Lorenza y dije que Jorge era el principal conspirador... yo provoqué injustamente á mi rival... y divulgué la calumnia de que ha sido víctima Jorge..... Perdón..... Y murió.

*
* *

El día de los Reyes se verificó la boda de Margarita, y se realizó este idilio tan íntimamente ligado con el drama más sangriento de nuestra historia.

La Serenata de Shubert

—◆—
CUENTO ALEMÁN

Dos años antes de la terrible guerra que por la libertad de los esclavos, se trabó entre el Norte y el Sur de la Gran República Americana, habitaba yo en un pequeño hotel alemán del Bowery.

Nada puede haber más patriarcal que la vida de los inmigrantes alemanes en los Estados Unidos, mientras se conservan pobres, en espera de una fortuna que casi siempre obtienen. El patrón ó dueño del hotel referido era uno de esos recién llegados, hijo de Baden, muy popular y conocido por la colonia alemana: Oscar Hochff se llamaba. Era joven, rubio y bien formado. Todo alemán, hijo del gran ducado de Baden, estaba seguro de ser bien recibido por su compatriota; así es que con frecuencia veía brindar, vaso en mano, al patrón con el recién venido, fuera éste rico ó pobre, señor ó criado. Muchas veces presencié

escenas patriarcales entre la cocinera y la patrona, entre el jefe de una fábrica y un simple obrero.

Luis Humboldt era un muchacho que apenas hablaba el inglés, porque sólo hacía unas pocas semanas que había llegado á Nueva York. Sus funciones se reducían al servicio de la mesa, y al arreglo y aseo de los pisos y muebles. Siempre desempeñaba sus humildes atribuciones cantando, silbando ó recitando entre dientes algunos versos alemanes. Jamás lo vi triste, ni siquiera serio; era la alegría, el buen humor personificado. Como todos los demás criados, llevaba pantalón de franela blanca, chaqueta azul ó negra y el delantal de rigor.

Una noche lo encontré muy acomodado frente al piano, acompañándose la célebre serenata de Shubert. Luis la cantaba admirablemente. Los patrones, lejos de molestarse porque el criado se sirviera del piano, lo animaban todas las noches para que los complaciera cantando, ó tan sólo ejecutando, alguna pieza alemana.

Para mi gusto no hay ni habrá en el mundo una melodía más sentimental, más triste ni más sublime que esa serenata; así es que todas las noches cuando encontraba á Luis en el piano le pedía mi música favorita. Luis, además de ser muy artista, tenía manos de mujer

desocupada, blanquísimas, y bien formadas. Era, por cierto, grata vanidad en Luis el mostrarlas sobre el teclado.

La guerra sobrevino; yo me despedí de mis queridos hoteleros alemanes y me alejé de América. Al cabo de siete años, volviendo para Costa Rica, determiné permanecer unos días en la ciudad imperial, y me alojé en el «Hoffman House». Luego recordé mis antiguos amigos de Bowery, y busqué el hotelito consabido. ¡Qué diferencia en todo! Cómo se notaba el paso de un incendio, de un ciclón ó de un huracán en aquella, antes tan próspera y tranquila, morada. El hotelero Oscar se había arruinado. La desgracia y los sufrimientos lo habían envejecido. Parecía que en vez de siete años hubieran transcurrido treinta sobre aquel individuo, antes tan rosado, tan lustroso y tan bien dispuesto. ¿Qué había ocurrido? Que la guerra, que enriqueció á tantos, arruinó al alemán, arrebatándole, además de su capital, á su hijo y á un sobrino. Pregunté por el sirviente Luis Humbolt, y el patrón, sin decirme una palabra me condujo á un cuartito del quinto piso y..... ¡maldita sea la guerra! en vez del alegre muchacho que había dejado años atrás, encontré apenas sus restos, si se quiere. En efecto, había perdido una pierna y los dos brazos, y más parecía una momia ó ídolo indio que un

ser humano. Además, una enorme cicatriz que le atravesaba toda la cara, convirtió su hermoso rostro en máscara horrible. Cuando Luis me reconoció, dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y después de unos momentos de conversación, refiriéndome sus desventuras, comenzó á cantar la Serenata de Shubert, con una tristeza y un sentimiento de dolor tan profundo, que yo mismo no pude contener el llanto, pues sus ojos me decían, dirigiéndolos á un piano que había en el cuarto, que si aun podía cantar, ya jamás podría acompañarse. Desde esa fecha, no hay trozo de música que me impresione tanto como esa sublime serenata, porque ella me recuerda el drama sangriento y la última frase de Luis al despedirse de mí: «¿Por qué Dios, que es tan bueno, no permitió que yo muriera en Bull's Run?» Lo más triste del caso es que Luis no fué obligado á tomar las armas, sino que se presentó como voluntario cuando vió que sus amigos y compatriotas se marchaban á la campaña, que entusiasmó y acabó con tantas existencias jóvenes, y llenas de esperanzas y de ilusiones.

Elisa Delmar

(NOVELA HISTÓRICA)

Elisa Delmar no solo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca, sino que su angelical bondad y su constante predisposición al sacrificio y á la renuncia del goce propio en cambio del ajeno, hacían de ella una hermana de caridad en la población de Esparta, donde nació y pasó la mejor parte de su vida.

No podía ser de otro modo la que debió el sér al Bayardo centroamericano, al héroe sin miedo y sin reproches, en una palabra, al general don José María Cañas.

En efecto: tanto la naturaleza como la educación se propusieron á porfía hacer de Cañas uno de los más simpáticos y hermosos tipos de la belleza humana; pues así en lo físico como en lo moral, el general Cañas fué un modelo de perfección en su género.

Difícil sería imaginar una figura tan bien delineada y tan brillantemente dotada por la naturaleza, como lo fué la del general Cañas.

De alta y esbelta estatura, de azules y grandes ojos velados por espesas pestañas, con una nariz aguileña y una boca de donde jamás salió una sola frase ofensiva para nadie; Cañas practicó todas las virtudes, menos una: la fidelidad conyugal.

Esa sujeción le fué imposible, porque el fogoso guerrero, discípulo de Morazán, amaba á todas las mujeres. A las rubias porque eran dulces y suaves, á las morenas porque eran emprendedoras y activas, á las flacas porque no eran obesas, y á las gordas por sus redondas y esculturales formas. Cañas pasó su vida amando y siendo ardientemente correspondido. Más de treinta retoños sembrados en los cinco Estados Centroamericanos, debieron la existencia al bizarro soldado que no conoció al miedo, y á quien sólo se pudo hacer el ligero reproche de inconstancia en el amor.

Elisa Delmar fué el fruto de una de esas momentáneas constancias en su inconstancia habitual.

Berta Delmar, chiricana despierta y graciosa, vino á Costa Rica por asuntos de familia y no volvió á su país porque se encontró con Cañas en unas fiestas de Esparta y cuando de-

bía volver, el nacimiento de Elisa se lo impidió en parte, y en mucho motivó su larga residencia entre nosotros, la esperanza de ver de vez en cuando al padre de su Elisita.

Lo raro en esa vida de continuas aventuras de amor es, que pocos hombres fueron más cariñosos, más amables y complacientes con su esposa legítima, que lo fué Cañas. Jamás salió de sus labios una palabra dura para su Lupita, la madre de sus legítimos hijos. Lupita era adorada por su esposo y éste se excusaba y defendía con tal gracia en sus continuas infidelidades, que no era posible guardarle rencor; pues siempre logró dejar en el ánimo de su Lupita la duda de la existencia de los hechos imputados al marido intachable en lo demás.

La campaña nacional contra Walker duró más de año y medio y todo ese tiempo estuvo Cañas ausente de su hogar.

Todos los generales, oficiales y soldados que hicieron la campaña se alternaban yendo y viniendo á Nicaragua. Cuando el cólera morbus hizo oír al ejército el «sálvase el que pueda» casi todos los expedicionarios volvieron á sus casas en la esperanza de librarse de la terrible peste. El único que permaneció firme en su puesto desde que comenzó la guerra hasta que concluyó, fué Cañas.

En efecto, á la cabeza de un puñado de

liberianos sostuvo Cañas el honor nacional, oponiéndose solo, contra Walker y practicando prodigios de táctica y de valor. Uno de esos hechos de armas le valió el nombre de Jenofonte Centro Americano, dado por el mismo Walker á su incondicional enemigo.

Elisa, pues, no sólo amaba en Cañas al que le dió el sér, sino que su vanidad era dulcemente lisonjeada por ser hija, aunque natural del célebre y simpático guerrero.

Elisa no olvidaba la primer caricia que Cañas le había hecho, cuando la mamá la presentó á su padre. Chica, la dijo, pasando sus manos por los cabellos de la niña, eres tan linda, que las gentes te tomaran por hija mía.

II

La afección filial de Elisa monopolizaba casi su ánimo, pues primero Cañas y en seguida de éste Berta su madre, eran casi los únicos afectos que descollaban en su corazón.

Contra esa fortaleza defendida por dos grandes atracciones, se estrellaron muchos y emprendedores Lovelaces. Uno sobre todo, pasó su juventud solicitando un adarme de amor siquiera, de la que ellos llamaban fría Elisa.

Alberto Villalta, Colombiano de buena familia que emigró á Costa Rica por asuntos políticos, fué el más sincero y emprendedor de los enamorados de la hija de Cañas.

Ella lo recibía con agrado y con placer, pero por más que hizo, no logró amar al jovenzuelo bien parecido y simpático, más que como á un amigo.

Berta amonestaba á su hija para que eligiera al futuro compañero de su vida, mas ella contestaba siempre que no era de rigor que la mujer tuviera compañero, que tantas jóvenes bonitas y aun muy agradables habían pasado su vida solas con sus padres y no habían tenido porqué arrepentirse, mientras que á ella le constaban los sufrimientos por que pasaban algunas de sus amigas á consecuencia de haberse mal casado.

En ese estado las cosas, desembarcaron en Puntarenas los que pocos días después debían ser mártires de su patriotismo, esto es, los generales Mora y Cañas.

Ese acontecimiento fué una fiesta llena de promesas y de ilusiones para los amigos de ellos, y de terror y de espanto para el Gobierno de hecho que regía á Costa Rica.

Elisa no se contaba entre esos dos extremos, porque ni tuvo ilusiones, ni los terrores de quien todo lo teme de la justicia del cielo.

Elisa era una sensitiva, como todas las flores y avecillas de su género. Elisa juzgaba de los sucesos, no según su inteligencia y su razón, sino conforme se lo indicaba el corazón, que es el instinto de las mujeres. La cabeza se engaña á menudo, el corazón raras veces.

Visto pues el desembarco de Mora y Cañas á través de ese lente que iluminaba los acontecimientos, fué Elisa presa de fúnebres y siniestros presentimientos que la desesperaron. ¡Qué hacer! ¡Cómo evitar el sangriento fin que su instinto filial le señalaba!

Pensó en Alberto y se dijo: sólo las grandes pasiones producen grandes resultados; el hombre que ama ardientemente es capaz de todo, por obtener el amor del objeto amado. Tuvo, pues, con Alberto la siguiente conferencia:

ELISA.—Es tiempo ya, Alberto, de que hablemos como personas serias. Usted pretende amarme con pasión, y sin esperanza de variar de sentimientos. Yo le he manifestado mil veces que no me es posible engañarlo, fingiendo un amor que no siento, pero si usted se conforma con hacerme su esposa, á sabiendas de lo que pasa, convengo en casarme con usted, pueda ser que una vez casada, la vida conyugal atraiga y convierta en amor mi actual amistad.

ALBERTO.—Triste y desesperante es el frío celaje que usted me ofrece en perspectiva,

pero todo lo acepto, menos el peligro de que usted pertenezca á otro hombre y de que llegue á amar á otro que no sea yo. Acepto su sacrificio, Elisa ¿con qué condiciones?

ELISA.—Con una sola. Soy hija natural del mejor de los hombres, del general Cañas, y mi corazón me anuncia próximas y terribles soluciones con respecto á él. Si usted me ayuda á salvarlo, si logramos que no sea sacrificado y que pueda volver á San Salvador, yo seré su esposa.

Si tal cosa no sucede, yo me dedicaré al alivio de la humanidad doliente. Seré Hermana de Caridad.

ALBERTO.—Aceptadas sus condiciones, desde luego me pongo incondicionalmente á sus órdenes y tanto mi inteligencia, como mi energía física, sólo se ocuparán del objeto deseado.

III

La historia nos dice lo que pasó en esa punta de arenas y manglares, en catorce días de combates, de traiciones, de heroísmo y de legendarias luchas. Los generales Mora y Cañas y sus amigos, el 27 de Setiembre de 1860 ya no trataban de vencer, sino de morir con

honor. La muerte los acechaba y sólo era cuestión de tiempo. Describamos al acaso una de tantas escenas que precedieron á la fatal toma de la Trinchera.

El punto de la Trinchera
Era el 27 de Setiembre. Conocido es lo que se ha llamado la Angostura, esto es un estrecho itsmo como de cuarenta varas de ancho entre el mar y el Estero en la lengua de tierra que forma el puerto de Puntarenas. A veces en las altas mareas ese itsmo queda reducido á un espacio de cinco varas. Allí es donde se construyó la famosa [trinchera] con grandes tablones de madera de cuadro. Una cubierta de manta formaba el techo con que se abrigan del agua y del sol, sus defensores.

Nueve grandes cañones colocados en semi-círculo, defendían y barrían el camino.

Cada pieza estaba al mando de un oficial. Como casi todos fueron mártires y se batieron como héroes, justo es que aquí consignemos sus nombres. El número primero estaba al mando de don Leonidas Orozco, los siguientes al de los señores don Antonio Argüello, don José de Jesús Quesada, don Frutos Mora, don Francisco Castro, don Evaristo Fernández, don Alberto Villalta y dos alemanes amigos de don Guillermo Nanne.

Eran las seis de la tarde. Un corneta y un tambor ejecutaban el toque de la oración.

Todavía en esa época se practicaba la ordenanza militar española, y las guarniciones, á esa hora en que los cristianos dirigían sus ruegos al Todopoderoso, hacían lo mismo, y oficiales y soldados, con la cabeza descubierta y de pie, repetían la oración que el cabo de la guardia en voz alta pronunciaba.

Concluída la ceremonia, que por última vez debían practicar la mayor parte de aquellos pobres predestinados á la muerte al día siguiente, cada uno volvió á sus quehaceres. El viejo Cañas, vestido con su pintoresca camisa roja de lana, se recostó sobre la cureña de un cañón y saturado de mortal tristeza contemplaba un cuadro que contenía dos retratos: el de su Lupita y el de *Pincho* ó Francisco Cañas, su hijo primogénito, que apenas tuvo tiempo de abrazar al salir del Salvador adonde llegó *Pincho* la víspera. Hacía cinco años que *Pincho* estudiaba el comercio en Valparaíso y volvía á su casa dichoso y adorado por todos los que lo trataban, porque *Pincho* era el mismo general Cañas cuando era adolescente.

Hermoso y elegante, simpático é inteligente, *Pincho* llegó á San Salvador la víspera que su padre.

Mas cuando el viejo general contemplaba su retrato, prometiéndose mil goces en la sociedad de su hijo, ya éste había volado á las

regiones de la muerte: una fiebre maligna lo arrebató á su familia.

Cañas murió sin saber que su hijo lo había precedido en el camino de la eternidad.

¡Terribles decretos del destino, que había condenado á Lupita, la santa esposa del general Cañas, á perder en una sola semana á su marido, á su hijo primogénito y á su hermano mayor (don Juan Rafael Mora), quedando abandonada y sin recursos en el ostracismo que había compartido con su marido! La viuda, mártir, y madre de numerosa prole, tuvo que ganar con su trabajo personal en extranjera tierra, el amargo pan de la proscripción.

Los demás jefes y oficiales, cuál más, cuál menos, todos pensaban en su familia ausente, en su vieja madre, en la joven hija y en la prometida esposa. Alberto Villalta pensaba en su Elisa, y acariciaba su cañón, como al amigo á quien debería el amor de la hija de Cañas. Alberto se enganchó al servicio de Cañas, con ánimo de hacer cuanto en su mano estuviera para salvar al viejo guerrero ó para morir con él.

Todas esas *reveries* cesaron al escuchar la terrible voz del cañón enemigo. En efecto, dos balas rojas unidas por una cadena, habían penetrado en el campamento, herido á un soldado, y destruído completamente el techo de la tienda de campaña que abrigaba á los jefes.

La juventud es siempre y en todas partes la luz y la alegría de la vida. Todo lo que pasa en esa primavera de la existencia, es motivo de placer y manantial de risas y chanzas.

Así fué que los jóvenes oficiales, jefes de las piezas, un momento antes tristes y mustios, reían á carcajadas al ver á la cocinera del campamento, la popular y célebre *Liboria*, furiosa contra los poco diestros artilleros del enemigo, que en vez de matar soldados, le habían destruído y dispersado las cazuelas y platos listos para la cena.

En esos momentos, el solemne silbido de una bala de cañón atravesaba de Sur á Norte, esto es, del mar al estero, á una grande elevación sobre la trinchera. Era el aviso convenido con los comandantes de las lanchas cañoneras, quienes debían con esa señal indicar que había novedad ó peligro inminente para los defensores de la Angostura.

Esas dos lanchas armadas, una con dos cañones y la otra con solo uno, pero de grueso calibre, las mandaban: la que ocupaba el mar abierto, don Guillermo Nanne, y la que recorría el estero, el bizarro inglés, capitán Rogers, cuya larga vida ha sido dedicada sólo al servicio de Costa Rica. Hoy vive aún en Puntarenas, lleno de gloria y de años, y rodeado del respeto y cariño de los costarricenses.

Cada arruga de su venerable rostro es una página de heroicos sacrificios por su patria adoptiva.

¡A las armas! exclamó Santander, el segundo de Cañas, chileno de buena familia, valiente y buen mozo, á quien el destino condujo á nuestras playas en esa época. Al instante estuvo cada hombre en su puesto.

Sólo el general Cañas permaneció tranquilo y no abandonó su cómodo lecho, esto es, la cureña de su cañón. Y es porque esos alarmas eran tan frecuentes, que ya no le llamaban la atención. Además, su larga experiencia de la guerra le indicaba que aun no se trataba del asalto.

Sólo dijo sonriendo y con su gracioso ceceo habitual: muchachos, no... no... no hay que ol... ol... olvidar que, que, que perro que ladra no... no... muerde.

No es mi ánimo contar ahora el sangriento combate que tuvo lugar el día siguiente, y que concluyó con la toma de la trinchera.

En otra obrita de este mismo género encontrará el lector la relación de este trágico suceso. Por ahora sólo relacionamos la historia del cruento fin de Cañas.

RIVERA
159

IV

En Setiembre de 1860 desembarcaron Mora y Cañas en Puntarenas, llamados por sus numerosos partidarios. Para la generalidad de los moristas aquella entrada triunfal fué una fiesta que auguraba próximos y venturosos acontecimientos. Mas no para ciertas sensitivas, que, como Elisa viven de amor y cariño. La llegada de Cañas la impresionó penosamente, sin explicarse bien el motivo; algo como el don del adivino tienen los corazones amantes y apasionados, y ese algo anunciaba á Elisa desconocidos infortunios y siniestras soluciones. El instinto de su cariño filial fué más previsor que las indicaciones de su cerebro, y ese instinto la hizo presentir al través del denso velo que cubre el porvenir, y á pesar de los halagadores mirajes del presente, los trágicos desenlaces del ciego destino.

El general Cañas en su visita de inspección á Esparta, antes que el Gobierno hubiera tomado el paso del río Barranca, estuvo unos instantes con su hija. Ésta le suplicó que le permitiera coserle en la camisa un pequeño escapulario de la Virgen del Socorro, que espe-

raba, decía ella, lo libraría de las balas. Cañas riendo y chanceándose aseguró á Elisa que desde ese momento sería inexpugnable, cosa de poca monta, añadía con el ceceo que acostumbraba, porque... que... que... los vie... vie... jos... co... co... como yo no sir... sirven pa... para mal... mal... di... dita la co... cosa.

Luego siguieron los fatales é inexplicables desastres que condujeron á Mora y á Cañas al banquito de los ajusticiados. Un consejo de guerra compuesto de sus más encarnizados enemigos, los condenó á muerte. Aquél fué ejecutado el 30 de Septiembre. Imposible pensar que Cañas tuviera la misma suerte: primero, porque el mismo Consejo de guerra, á pesar de su parcialidad, recomendó el viejo General á la clemencia del Gobierno, pidiendo que se le conmutara la pena de muerte por la de destierro perpetuo; segundo, porque transcurridas 48 horas después de la muerte de Mora, la calma había reemplazado á la excitación que sigue á los combates; y tercero, porque la popularidad de Cañas era tal, que se consideraba peligroso el llevar las cosas á ese extremo, que quizá acabaría con la paciencia del soldado. Muy pocos serían los milicianos que componían el ejército expedicionario del Gobierno, que no hubieran militado bajo las órdenes de Cañas. ¡Cuál sería el asombro de amigos y aun de enemigos de

Mora, al saberse que á las tres de la madrugada del dos de Octubre había llegado á Puntarenas un emisario del Gobierno, cubierto de lodo, y después de reventar dos caballos. Ese correo de la muerte había traído la orden de fusilar al heroico y viejo guerrero, dentro de las dos horas siguientes á su llegada.

V

Era el dos de Octubre de 1860. Las tres de la mañana apuntaba un reloj que colgaba de una de las paredes del gran salón, donde esperaban su mísero destino varios de los prisioneros tomados en el combate de la trinchera, ó que voluntariamente se habían presentado á merced del vencedor.

Un batallón entero rodeaba esa prisión que contenía lo que aun quedaba viviente de los amigos que acompañaron á Mora en Puntarenas. Entre ellos corrían gran peligro aún, el general Cañas, el coronel del mismo apellido, hermano de aquél, el capitán Leonidas Orozco, y el señor don Manuel Argüello. El trágico fin de don Juan Rafael Mora los tenía anonadados.

Tronaba el rayo en el firmamento y caía

aguacero diluviano cuyos ruidos apenas dejaban percibir los bramidos del Océano enfurecido por el huracán.

Sin esperanza de conciliar el sueño, se recogieron unos después de los otros en unas camas-tijeras y guardaron silencio por consideración á Cañas. Cuando parecían todos dormidos, como á las dos de la madrugada, el centinela de la puerta se acercó de puntillas al lecho de Cañas y con los ojos llenos de lágrimas, contempló silenciosamente su varonil y simpática figura del viejo héroe.

Quien tales muestras de ternura no pudo ocultar, era un soldado joven, casi adolescente, bello como un adonis, y en cuyo rostro aún no asomaba una sola señal del Vello que distingue al sexo fuerte. Como uno de los brazos de Cañas colgaba fuera del lecho, el soldado se acercó, se arrodilló y le besó.....la mano..... Cañas despertó al sentir el perfumado aliento del gentil soldado, y se sentó.....El soldado se excusó diciendo: que por la agitación que en su sueño manifestaba el General, pensó que quizás sufría de una pesadilla, y decidió despertarlo. ¡Cual sería la sorpresa del General al reconocer en el soldado á su hija Elisa, que se había cortado el pelo, disfrazado con el uniforme militar y enganchado como voluntario en el ejército del Gobierno!!!

A la media oscuridad que había en el salón, mantenida por un solo farol ó linterna, con una sola vela, manifestó Elisa á Cañas el objeto de su venida allí.

Se trataba de que en el acto cambiase su vestido por el de un oficial, que consistía: en un pantalón de lana azul, y una camisa roja, á lo Garibaldi, vestido que en esa expedición usaron aun los más altos jefes, como Blanco y don Francisco Montealegre. Así disfrazado, debía Cañas atravesar la guardia, seguido y rodeado por cuatro jóvenes soldados, amigos de Elisa que esperaban en la puerta.

Cañas vaciló.... La dijo que él creía no había ya motivo para temer otra solución de aquel drama, que el destierro que se verificaría cuando pasara el vapor, y el paquebote lo esperaban ese día mismo.

Elisa insistió y suplicó, asegurándole que corrían en el ejército siniestros presentimientos de extraordinarios sucesos.

Es imposible dijo Cañas, que después de cuatro días de calma se pretenda hacer nuevos asesinatos políticos, y que él creía y aún tenía fe en los sentimientos de gratitud del pueblo de Costa Rica, por los servicios que él había prestado en Nicaragua etc.

Elisa lloraba y de rodillas le rogaba que la siguiera, cuando se oyó un redoble de tam-

bor y un lejano sonido de corneta. Elisa palideció y procuró forzar cariñosamente á Cañas para que la siguiera, más pronto se oyeron pasos acelerados de personas que se acercaban, luego apareció al frente de un grupo de militares, un oficial con una linterna sorda en una mano y un revolver en la otra. Lo seguían el General Blanco y varios oficiales. Elisa apenas tuvo tiempo de llegar á la puerta, tomar el rifle, y colocarse en su puesto.

Entró al salón el fúnebre grupo y el oficial cuyo vestido manaba agua por todas partes y cubierto de lo ^{to} del camino, comenzó á llamar en voz alta á los prisioneros, que contestaban asombrados y medio dormidos. Concluída la revista, el fatídico Capitán dijo en voz cavernosa «Que el General Cañas pase á otra pieza, donde debe estar separado de sus compañeros.»

Apesar de lo terrible y espantoso que anunciaba esa orden, Cañas, con una sonrisa mezclada de tristeza y de desprecio al Capitán mensajero de desgracias, le manifestó: que estaba listo á seguirlo. Pero antes de marchar, y mientras se vestía dijo á cada uno de sus compañeros de prisión algunas frases agradables. Al joven don Manuel Argüello dióle un abrazo, diciéndole: ésto me huele á viaje largo; al país de donde no se vuelve nunca. Argüello

quiso despreocupar á Cañas recordándole su popularidad, sobre todo, en el ejército.» Allí precisamente está el peligro, contestó el General; si yo fuera aborrecido, no me temerían, y me dejarían tranquilo; para probarte que no me engaño, vamos á hacer una apuesta; tus cigarros concluyeron, y yo aún tengo dos macitos, mientras que tu tienes fósforos, de los cuales yo carezco. Si me separan para fusilarme, mis cigarros te pertenecerán; y si al contrario, sólo se trata de una mera formalidad, tus fósforos serán míos. El premio pues, lo representan: para mí la caja de fósforos, para tí mis cigarrillos; adiós y que él nos ayude á todos; y saludando al grupo de amigos, marchó tranquilo y sereno, para la pieza que seguía al salón.

Conocida es la célebre carta que en despedida escribió á su amigo íntimo don Eduardo Béeche. En sustancia decía así: «Querido don Eduardo; dentro de unos momentos me habrán despachado al otro mundo; no temo el viaje, sólo me apena la suerte de mi Lupita, y la de mis hijos que quedan pobres, desterrados y sin apoyo.

En mi larga existencia he tenido ocasión de enfrentarme mil veces con la muerte; pero siempre la ví á través de la exitación de la victoria ó al de la pena y la vergüenza de la

derrota. Hoy es diferente, pues la escuálida Parca me mira tranquila y se burla al considerarme víctima, no de mis enemigos, sino de mi Patria adoptiva, y de mis amigos.

¡No importa! Siempre he creído que el hombre es inmortal y que la muerte es el despertar de la vida; la aurora de una nueva existencia; que dentro de cuarenta minutos habré dejado de soñar y comenzaré á vivir en el lugar que Dios tiene destinado para los que hemos vivido según sus leyes, y haciendo cuanto bien hemos podido á la familia, á la Patria y á la humanidad en general.

¡Adiós! Dígale á Dorila su esposa, que no olvide á su viejo tío, á quien llamaba el corruptor de su marido; ¡¡¡para corrupciones estoy ahora, que dentro de una semana ni los perros se acercarán á mi corrupto cuerpo.

Adiós y adiós..... Esa mancha que parece de aceite, al principio de esta carta, no es más que una malhadada lágrima, que sin mi voluntad se escapó de mis ojos. De nuevo, adiós. Cañas.»

El viejo batallador salió de su prisión custodiado por una fuerte escolta. El pelotón de ejecución marchaba inmediatamente detrás de él. Cualquiera que no hubiera sabido que se trataba de ultimar á aquel hombre, habría pensado que quien mandaba la escolta era él,

y que el pálido y tembloroso oficial que en realidad iba á la cabeza de la fuerza armada, era el destinado al último suplicio.

El general en Jefe, Blanco, en vano solicitó, rogó y amenazó á todos los oficiales del ejército expedicionario, uno después de otro, para que obedecieran y mandaran hacer fuego contra Cañas. Todos se negaron á hacer el papel de verdugos del héroe de la Campaña Nacional. «Preferimos morir, á mandar á hacer fuego, sobre nuestro valiente Jefe,» dijeron todos. Por fin se presentó el mismo capitán que llevó de San José la sentencia de muerte y despertó á los prisioneros en la madrugada. ¿Quién ignora el nombre de ese fatídico acuchillador de inocentes y de heroicos personajes!!!

Ramón es su nombre de bautismo, buscad lector el apellido de esa fiera humana y la encontrareis en la historia de «Costa Rica» siempre que se ha tratado de hacer mal á los hombres ó á las cosas.

Para cada persona que encontró en el tránsito para los Jobos, tuvo Cañas una palabra agradable. Al uno lo saludaba y le preguntaba por su esposa ó su hija. A la otra la llamaba por su nombre de convención, como lo hizo con la «Lorenza» á quien vió en una ventana, en donde lloraba y gemía ya ronca y desesperada. «Sígueme la dijo, pues te necesito en los Jobos».

Llegado al mismo lugar donde fueron fusilados Mora y Arancibia, suplicó al oficial que le permitiera mandar el pelotón que debía darle muerte. El grosero militar le dijo que en Costa Rica sobraba quien lo hiciera, mas al ver el gesto amenazador y hostil de los soldados, dijo: «Sea, pero que esto concluya pronto. El viejo guerrero con voz llena, alta y clara, dió las órdenes. «Atención Camaradas.... Preparen.... Apunten.... aquí al pecho, no tiren á mi cara.... fuego!!! Un suave gemido se oyó y todo fué concluído.

A las doce del día dos de octubre, almorzaban los prisioneros que aún restaban vivos en el salón ya descrito antes. Apenas comían, silenciosos, tristes é inquietos, cuando entró la simpática y generosa Lorenza la «Realejeña» gritando: «Asesinos, bandidos, ya lo estarán matando!» ¿A quién? preguntaban todos: En ese instante se oyó una descarga de fusilería.... Ya no existe Cañas, esa descarga es la de la escolta que lo ejecutó. Aquí traigo un macito de cigarros que la víctima me entregó para que lo pusiera en manos de don Manuel Argüello. Dijo que aunque él había ganado la apuesta, pagaba porque ya no necesitaba ni cigarros ni fósforos, pues en el otro mundo era prohibido fumar! El oficial don Rosario Gutiérrez recogió la dentadura postiza que usaba el general y se la obsequió á Lupita, la viuda mártir!

EPILOGO

Antes de que se señalara en la Chacarita, el lugar donde deben sepultarse los cadáveres de los que mueren en Puntarenas, el Campo Santo de esa población lo era el nombrado Manglar, frente á la población, con el Estero de por medio.

Nada mas triste y desolado que esa lengua de arena, situada al pie de las siniestras selvas de Manglares, que tiene; al Saliente las cumbres del monte del Aguacate, al Poniente las azules aguas del golfo de Nicoya, al Norte los Manglares referidos, y al sur, en lontananza, el grande Océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre.

En ese arenal, abandonado de Dios y de los hombres, repasaron los restos de los que fueron los generales Mora y Cañas, hasta que un generoso hijo de la Francia, don Juan Bonafille, los recogió y colocó en ricas urnas, que se depositaron en el Panteón de San José; Que la tierra le sea ligera á él mismo; pues poco

después murió, llorado por su respetable familia y por sus numerosos amigos.

Las olas del Estero á veces lamen esa arena, que apenas oculta los cadáveres que allí se depositan.

Dos años después del cruento drama que hemos relatado, una Hermana de la Caridad joven y bella, pero de una palidez y demacración excesiva, oraba allí arrodillada al pie de una pequeña cruz de madera. Acompañábala otra religiosa de la misma orden, ésta ya entrada en años. Era, la primera, Elisa Delmar, la otra, la Madre Escolástica de la Visitación, Superiora que había sido en Guatemala.

Elisa, desesperada por la prematura muerte del general Cañas vivió aún seis meses en Esparta con su madre Berta. Mas éste último apoyo le faltó, á consecuencia de una fiebre biliosa que la llevó al sepulcro.

Sin lazos que la ligaran á Costa Rica y decidida á profesar en la orden de las Hermanas de Caridad, malvendió los pocos bienes que dejó Berta, y se marchó para Guatemala.

Un año después profesó y vivió algunos meses en el Hospital de la Antigua Guatemala, en donde fué apreciada en lo que valía, por sus compañeras y por las madres.

Un día llegó en el Correo la orden de la Superiora de la Corporación para que se

embarcara con otras hermanas y una madre y pasaran á Montevideo á desempeñar una importante comisión. Así fué que al pasar por Puntarenas desembarcó allí; para visitar el sepulcro de Cañas.

Esta fué la última vez que tuvimos noticia de su existencia, y hoy ignoramos si vive ó ha volado al Elíseo á juntarse con sus padres.

Alberto Villalta enfermo de incurable amor no correspondido, volvió á Colombia y se hizo matar en una de esas que llaman *folliscas* en Panamá, batiéndose como se baten los que en nada tienen á la vida.

Adelina Patti

EN 1859

Eran las 12 de un hermoso día. Broadway, la lujosa y espléndida vía que divide Nueva York en dos mitades desiguales, estaba materialmente cubierta de gentes endominadas que presenciaban un espectáculo muy común pero que siempre atrae la atención de los yankees: el desfile de una procesión de masones, medio á medio de la calle, con sus correspondientes uniformes, mandiles, banderas y tantas bandas de música cuantas son las logias, que van unidas. Entre los espectadores de esa fiesta, habíamos tres costarricenses: don Juan Rafael Mora, proscrito en aquella fecha en recompensa de sus servicios á este grato pueblo, don Crisanto Medina, padre, y el que estas líneas escribe. Un carretón de esos que tienen atrás dos maderos que sobresalen como un pie á la caja de la carreta, tirado

por un caballo un poco asustadizo, estacionaba frente al Hotel San Nicolás. En uno de los *fortísimos* del bombo se asustó la bestia y dando saltos á reculones entre la apiñada muchedumbre estropeó á algunos infelices que no pudieron evitarlo. Entre las personas maltratadas por el carretón había una jovencita morena, muy flaca y pálida, de ojos y cabellos negros, que parecía tener quince ó dieciséis años. A los gritos que ella daba pidiendo socorro nos abalanzamos los tres costarricenses en su ayuda, á tiempo que los dos palos que sobresalían detrás del carretón, topaban con el muro del hotel, quedando la referida joven como prensada entre la pared y la carreta. Dichosamente para ella los dos apéndices del vehículo la libraron de una segura muerte. Mientras tanto, los señores Mora y Medina pudieron levantarla, y el que suscribe recibirla sobre el carretón, de donde fué fácil bajarla sana y salva.

La pobre niña, que al principio estaba más muerta que viva del susto, acabó por serenarse y hasta por reírse de su aventura. Muy agradecida con los que ella llamaba sus «salvadores,» nos presentó su tarjeta, en la cual leímos el siguiente nombre *Adelina Potti*, calle E. 9.^a n.º 24, que era como si nada hubiéramos visto, pues el nombre de la Diva era com-

pletamente desconocido y oscuro en aquella época.

La condujimos á su residencia y en el camino nos contó que ella era hija de español é italiano; pero que se tenía por cubana por sus simpatías á esa isla, que ella había habitado antes de establecerse en Nueva York. Durante los tres meses que permanecemos en la metrópoli americana, tuvimos ocasión de tratar á la amable cubanita. Con frecuencia no sin- vitaba á los conciertos en que ella cantaba. Por fin hizo su *debut* en la Academia de Música con la ópera «Sonámbula,» para la que nos regaló un palco. Fuimos, pues, testigos de su triunfo y de ese primer beso de la fortuna y de la gloria. Ni Mora ni Medina volvieron á ver á la que estaba destinada á ser la primera artista del mundo como soprano.

Yo fui más feliz que ellos, pues algunos años después, siendo ya célebre, la encontré en Rusia. Iba contratada á San Petersburgo. No tuvo á menos ni desdeñó la amistad de su «salvador.» Ambos teníamos cuartos en el Hotel de Sajonia, en Wilma, y mientras estuvimos allí no nos separábamos más que en las horas de representación en el teatro. En 1882 nos volvimos á encontrar en Baden-Baden. Ya entonces no me conoció. La ví en el Kursal, la saludé..... se fijó un momento en mi per-

sona.... y continuó su paseo. Era demasiado exigir de una inmortal. El recuerdo de su oscuro amigo había naufragado en el mar de gloria en que bogaba.

Ya en ese tiempo no era flaca, ni pálida; ni pobre. La dicha y la fortuna la habían embellecido y sobre todo.... engordado. Era la favorita de las grandezas de la tierra y entre sus amigos había testas coronadas y aun descoronadas, como la Emperatriz Eugenia y doña Isabel II. ¡Qué lejos estaba entonces de su primera etapa! La que hoy deja hacer antesala al Príncipe de Gales, se consideraba feliz en 1859 con venir á Costa Rica contratada á doscientos pesos mensuales para dar lecciones de piano y canto, según carta de ella escrita al señor Mora suplicándole que se empeñara en que se aceptase su propuesta por el Municipio de San José.

Adelina Patti habla corrientemente los idiomas español, inglés, francés é italiano; pero ninguno como el del rruiseñor y el del jilguero.

Podría creerse que la Patti está satisfecha de su brillante destino, pues pedir más de lo que la Naturaleza le ha dado sería pedir demasiado; sin embargo, muchas veces la oí decir que daría diez años de su vida por ser Sarah Bernhardt. En su dormitorio donde quiera que va, lo

primero que hace es colgar de la pared un admirable retrato de Sarah, que la Tosca le regaló en cambio del suyo.

Adelina Patti debe tener ahora más de cincuenta años de edad, y todavía su voz es tan argentina, tan dulce y afinada como cuando frisaba los 25 con la ventaja de que sus demás dotes artísticas se han completado y perfeccionado con el tiempo y su continuo ejercicio.

Mayo 10 de 1897.



Los cuatro hijos de Ambrosio

Publicado el célebre decreto de Mora en que declaraba la guerra á Walker y sus secuaces, y llamaba nueve mil hombres á tomar las armas contra el enemigo común, el entusiasmo de los costarricenses no puede describirse ni pintarse, si no es refiriendo algunos de los diarios incidentes de esa guerra, la más popular y legítima que ha sostenido Centro América.

Ambrosio Flores, vecino acomodado de Candelaria, vivía tranquilo y feliz en la pintoresca morada donde vió la primera luz, sintió el primer amor y le nacieron sus cuatro descendientes: Rafael, de veinte años, Antonio de dieciocho, Pío de dieciseis y José de catorce. Esto en 1856.

Ambrosio se presentó en el Palacio Nacional y después de saludar al Presidente, le dijo: «Don Juanito, aquí le traigo á mi hijo mayor Rafael, para que su merced haga de él

lo que su patriotismo le sugiera. Aún quedan en el hogar tres mozos más, que labran la tierra para alimentar al ejército expedicionario.»

El once de abril, Rafael fué atravesado por una bala de rifle y su cuerpo enterrado en un solar abierto de Rivas.

Ambrosio fué á encontrar al Presidente Mora, que volvía de Rivas. Iba acompañado de su segundo hijo Antonio. Sin mencionar siquiera á Rafael, se dirigió á Mora, manifestándole que venía á cumplir un sagrado deber; el de ofrecerle su segundo hijo para que fuera sacrificado en aras de la Patria, y lograra el mismo honor que el primero.

Antonio marchó al río de San Juan y al asaltar el vapor *Morgan*, filibustero, fué traspasado por una bayoneta yankee. Su cuerpo fué pasto de los cocodrilos del gran río.

En 1857, Ambrosio se acercó al Palacio conduciendo á Pío, su tercer retoño, y dirigiéndose á Mora, le dijo: «Vengo con otro soldado, y aún me queda un cuarto muchacho, que está desesperado, porque no le he permitido presentarse y marchar á Nicaragua.» Esto diciendo, no podía el viejo patriota contener dos gruesas lágrimas que á su pesar rodaron por sus mejillas.

Pío fué atacado del cólera morbo en Sa-

poá, y su cuerpo no pareció, ni se ha tenido noticia de su paradero.

En marzo del mismo año, Ambrosio, ó más bien su sombra, tal era el estado de flacura y extenuación de su pobre cuerpo, vino á San José acompañado de un adolescente que apenas salía de la pubertad. Silencioso y cabizbajo, entró al Palacio, y ya no con palabras sino con señas indicó á Mora su cuarto hijo, á quien abrazó, puso un bolsillo lleno de piezas de oro en sus manos, y se retiró sin volver á ver para atrás; mas al salir del gabinete presidencial saludó á Mora y se despidió con estas palabras: «Adiós, don Juanito; ya no tengo hijos..... mucho me cuesta la patria, pero no me arrepiento de haberlos sacrificado por ella.»

En uno de los boletines del ejército sitiador de Rivas, se leía lo siguiente: «El General Zavala (D. Víctor) solicitó un oficial costarricense conocedor del terreno para que lo acompañara al ataque de un reducto, á la fuerza guatemalteca. El General en Jefe eligió al teniente José Flores para esa peligrosa misión. En la tarde se realizó el asalto. Zavala fué rechazado á pesar de la bravura de sus soldados, y sobre todo, (lo que es una pérdida irreparable) de la gloriosa muerte de Flores, quien antes de perecer hizo morder el polvo á más de cuatro enormes yankees.»

La vida de Ambrosio desde que quedó solo, por la muerte de sus cuatro hijos, se redujo á comerse el capital que había acumulado, pues ya no tenía interés en conservarlo. El tiempo lo pasaba conversando con los vecinos sobre las hazañas de sus hijos, á quienes siempre nombraba con el grado que alcanzaron; así es que no dejaba de anteponerlo y decir: el sargento Rafael, el cabo Antonio, el teniente José y el abanderado Pío.

*
*
*

Tres años trascurrieron después de la muerte de los cuatro hijos de Ambrosio. ¿Qué hacía él mientras tanto? No lo dicen las crónicas de aquél tiempo. Es de suponer que vegetaba entregado á sus recuerdos. El heroísmo de su conducta se olvidó, confundido en la gran marea de desgracias que sufrió el país en esa época.

Mora fué recompensado por la gratitud republicana, arrojándolo del poder, desterrándolo, y asesinandolo..... á la sombra de los Jobos de Puntarenas.

Pero antes de su muerte, el señor Mora aún volvió á ver al afligido anciano; mas en esta vez en muy tristes circunstancias para aquél.

En efecto, cuando el Presidente Mora

desembarcó en Puntarenas y se fortificó en la *Angostura*, una noche que salía á recorrer los puestos que vigilaban al enemigo en las cercanías de su habitación, encontró un centinela dormido inclinado sobre su rifle. Lejos de molestarle, Mora ordenó que condujeran aquel pobre hombre á una cama para que descansara; mas éste avergonzado de su falta á la disciplina, se negó á abandonar su puesto y suplicó humildemente que lo perdonaran. ¡Cuál sería la sorpresa del jefe al reconocer á Ambrosio, desempeñando tan dura tarea á la edad de sesenta años! Se dió orden de que no se le molestara en nada, y conservó al viejo cerca de su persona, más bien para cuidarlo que para exigirle cuidados.

Cuando algún malicioso le hacía cargo de que servía contra el gobierno de su país, contestaba indignado que: «la patria no la representaba el primer grupo que se apoderaba del gobierno, sino los hombres que, como don Juanito, la habían servido, engrandecido y honrado con sus hechos; para mí—decía el buen anciano—la patria es don Juanito, y donde él esté, ahí estará el país.»

El 29 de setiembre de 1860, al recoger los cadáveres de los que habían muerto en defensa de la persona de Mora, apareció atravesado en la escalera de la casa un cuerpo muti-

Quince días en Holanda

La civilización, que cada día hace nuevas conquistas y acabará por imponerse en todos los rincones y extremos de Europa y América, tiende á igualar las costumbres de los pueblos, los vestidos, la arquitectura y demás cosas que no dependen exclusivamente del trabajo de la Naturaleza. Así es que pronto desaparecerá el color local que con tanto ahinco busca el turista. Dentro de muy pocos años las ciudades todas se parecerán en su forma y en su decorado; visto un pueblo, se habrá visto todos y no valdrá la pena de hacer costosos viajes en busca de la variedad. Hace algunos años que tuve ocasión de visitar la isla de Terranova, región helada y apartada de los centros civilizados de América y que yo juzgaba agena á las modas y hábitos refinados de París, Londres, Viena, etc. ¡Cuál fué mi sorpresa y desilusión cuando ví por todas partes á las mujeres *abusan-*

do de la *crinolina*, moda de París que convertía á cada hija de mujer en esfera ó globo de algodón; tal era la amplitud de la horrible armazón de hierro que bajo las enaguas se usaba entonces.

Dichosamente que sucede lo contrario tratándose de las obras de la naturaleza. Aquí nada de monotonía: la variedad hasta lo infinito; y he ahí porqué me decidí á hacer una excursión por Holanda, país que en poco se asemeja al resto de los pueblos de Europa.

El lector, si quiere seguirme, se convencerá de que la Holanda y el holandés no se parecen á ningún otro pueblo ni individuo del mundo.

Salí de Londres una mañana de junio, en el vaporcito «Anne Cooper.» De su cubierta se contemplaba el más grandioso espectáculo que pueda imaginarse. El anchuroso Támesis lo era más, según nos alejábamos de la grande y rica metrópoli de la tierra. Estábamos aún protegidos del calor del sol por las eternas nieblas que cubren á la moderna Babilonia. Nuestro buquecito marchaba á todo vapor entre una selva de arboladuras, chimeneas y velas de las mil embarcaciones que pueblan las aguas del célebre río. Pasado Greenwich, el «Anne Cooper» arrimó á tierra para tomar nuevos pasajeros, y esta circunstancia me dió tiempo para entrar á uno de los numerosos cafés, ó

más bien, cantinas que por allí pululan. En un salón oscurecido por el humo de las pipas, comían bebían ó fumaban diversos grupos de marineros de las cinco partes del mundo. Turcos que tomaban el néctar de Moka; alemanes que absorvían espumosos *bocks* de cerveza; indios de Calcuta y árabes que mascaban dátiles en conserva; españoles que fumaban cigarrillos, cada cual como en su casa. Nada más cosmopolita y variado que los consumidores de esas cantinas anónimas donde se oyen pronunciar todos los idiomas del mundo. Media hora después, continuamos bajando el río, cuyas riveras son un continuo cuadro mágico. Los castillos de los opulentos banqueros rivalizando en lo pintoresco con las lindas aldeas y caseríos, todos exhibiendo las numerosas torres de sus iglesias protestantes. Cuatro horas después entrábamos en el mar, en estos parajes siempre agitado, capaz de quitar á los que padecen del terrible mareo, las ganas de estar sobre cubierta. En la tarde comenzamos á ver las bajas tierras de las embocaduras del Rhin y del Mosa, cuyas aguas se lanzan á las del mar por varias bocas que forman las muchas islas de la costa. Entramos en una de ellas, y ya de noche fondeamos frente á Rotherdam.

Me instalé en el hotel de Colonia, en la calle de Hoogstraat, donde pasé una malísima noche á cuenta de las chinches, insecto desconocido en Costa Rica, que es la plaga universal de los veranos en toda la Europa y América. Pienso que el único país que carece de ese tormento es el nuestro; al menos, he sido víctima en Irlanda, Inglaterra, Francia, España, Italia, Bélgica, Suiza, Alemania, Rusia y Grecia, en Europa, y en las cuatro repúblicas centroamericanas, Estados Unidos del Norte, y Colombia. Se cree que en la atmósfera de Costa Rica existe algo que las destruye, puesto que han sido introducidas en muebles y ropas que vienen del exterior; han llegado hasta Esparta y luego han desaparecido. Bastaría ese sólo privilegio de mi querida patria para preferirla como residencia al resto del mundo conocido. Los que han sufrido los ataques de ese terrible bicho, me comprenderán y se darán cuenta de esta digresión *insecticida*, á que doy fin para continuar mi relato.

Al despertar en mi cuarto que daba á Hoogstraat, un espectáculo tan original como hermoso llamó mi atención. Frente á la cama en que dormía, había una ventana abierta. El velamen de una fragata pasaba lentamente y desaparecía para ser seguido de una gran chimenea de vapor, que arrojaba negros penachos

de humo....Creí que soñaba. Me restregué los ojos y miré de nuevo á la ventana, seguro de que el inverosímil espectáculo del velamen y la chimenea era una ilusión del súbito despertar. Pero no había tal ilusión; el palo ó árbol de un bergantín que pasaba, me decidió á saltar de la cama, levantar la vidriera de la ventana y mirar por ella lo que había en la calle. ¡Oh sorpresa! En vez de calle de tierra, lo que á mis pies había era un canal, y ¡qué movimiento en sus aguas! Botes, canoas, lanchas y embarcaciones de todo género iban, venían, cruzaban ó paraban en aquella vía líquida de fondo azul y brillante.

En efecto, Rotterdam, Amsterdam y La Haya solo tienen unas pocas calles de tierra; las demás son canales sureados por mil naves.

La Holanda, que debe sus terrenos al Océano conquistado pulgada por pulgada, está más baja que el nivel del mar, cuyos furros y poderoso empuje contienen los holandeses con inmensas murallas llamadas *dunas* que tienen sus compuertas para poder anegar todo el país cuando un conquistador atrevido ponga los pies en ese suelo. Esta lucha gigantesca y continúa, que requiere esfuerzos casi sobrenaturales para contener y rechazar él eterno empuje de las olas del mar, parece empresa de semidioses y no de entes humanos.

Holanda, aunque cruzada por ferrocarriles, tiene un modo de locomoción para el viajero que es preferible al ferroviario, por sus canales. Y aunque las demás naciones tienen canales, éstos solo se usan para conducir la carga y muy rara vez para personas. Por un centavo cada milla, puede recorrerse todo el país de un modo pintoresco y atrayente. Un caballo que marcha en la rivera conducido por un niño, hala las barcas que sirven como tranvías ú ómnibus muy cómodos. Los de pasajeros tienen ~~est~~atapizada la cubierta y en el saloncito hay lujosas cortinas y mullidas alfombras. En cada pueblecito, caserío ó hacienda reciben y dejan pasajeros, casi siempre en *deshabillé* doméstico, esto es, los hombres sin chaqueta ni blusa, en camisa y á veces sin sombrero, cubierta con un pañuelo la cabeza. Las mujeres, todas, desde que entran á la embarcación, se ponen á trabajar cada una en el oficio que acostumbra: unas cosiendo, otras bordando, algunas leyendo ó escribiendo, pero nunca desocupadas. Esto con una sencillez y abandono muy agradables para el extranjero, que casi siempre está triste y silencioso por la costumbre de encontrarse solo y sin conocer á nadie. Tanto los hombres como las mujeres, viéjos ó jóvenes, se dirijen al extranjero y conversan con él de sus asuntos particulares, como si fueran viejos conocidos.

En la travesía de Amsterdam á Utrech, al pasar mi barca frente á un precioso castillo, ricamente decorado, salieron de allí un anciano, y una joven como de 18 años, vestida con lujo y elegancia, y tomaron asiento á mi lado. Sin más presentación ni formalidad me brindó su mano y en francés (casi todos los holandeses educados hablan ese idioma) me preguntó: «¿Cómo la pasa usted, caballero? Nosotros vamos á Utrech para oír á la Ristori, que da representaciones en el teatro. ¿Conoce usted esa célebre trágica?». Apenas me daba tiempo de contestarle un sí ó un nó. Concluyó por ofrecermé unas pastillas que ella estaba tomando, y por preguntarme de dónde venía y á qué nacionalidad pertenecía. Al oír el nombre de Costa Rica, sí, me dice, ya sé donde está; es una isla en las Antillas, la tercera en tamaño, y pertenece á España; yo aprendí eso en el colegio. Quise sacarla de su error, explicándole la realidad, más fué imposible fijarla, asegurándome que era la primera vez que ella oía mentar á Costa Rica si no era de las Antillas. El papá, que parecía hombre muy leído, sacó de una bolsa un *Almanach de Gotha*. Desgraciadamente éramos de tal manera desconocidos en aquella época (1862) que ni esa publicación, que es indudablemente la mejor informada del mundo, sabía gran cosa de nosotros, pues el anciano leyó allí

en alta voz lo que sigue «*Costa Rica, uno de los estados de Guatemala, el más pobre de ellos. Capital, Cartago, ciudad episcopal*».



A uno y otro lado de la vía, potreros verdes, salpicados de vacas y de lecherías. Todo el mundo pasea feliz en ese país extraordinario. Ni mendigos, ni esas caras desoladas por el hambre y el sufrimiento, como son tan comunes en Francia, España ó Italia. Por todas partes el bienestar, el trabajo bien recompensado y el afán de aseo y limpieza que hace de todo el país una joya sin igual. En las primeras horas de la mañana, tanto en las ciudades como en las aldeas, no se puede andar por las calles sin exponerse á ser mojado ó bañado por las mangueras que unas enormes mujeres dirigen hacia las paredes y tejados para lavarlos; ésto todos los días. Otras personas restriegan el piso y las aceras de las calles con trapos mojados, hasta que quedan empedrado ó enladrillado brillantes como espejos. Verdaderamente que me daba pena poner mis pies en aquel suelo, pues muchas veces me ví seguir por una lavadora, borrando con su trapo mojado la mancha que mis zapatos dejaban en el piso. A pesar de haber leído este proceder inverosímil, sólo dí fe á la realidad cuando con mis ojos la presencié.

Las mujeres no son bellas en Holanda; el tipo dominante es más bien desagradable. De una blancura deslumbrante, las mujeres del pueblo no tienen gracia en sus facciones. Más se parecen sus caras á esas santas de madera que tanto abundan en las iglesias católicas, por la inmovilidad de las fisonomías. En cambio, esas figuras de estatuas tienen impresa la honradez y la bondad nativas.

Una de las distracciones que son comunes á los pobres y á los ricos, á los nobles y á los plebeyos, consiste en un par de espejos que de las ventanas recogen el espectáculo de las calles y lo transmiten al interior de las casas; así es que el paseante, sin notarlo, está observado por millares de ojos de niñas que ríen y se divierten á costa de todo aquello que no es regular ni correcto.

Entre las muchas cosas notables de este bello país, una que lo es bastante, es el órgano de la Catedral de San Bavón, en Haarlem. Tiene ocho mil tubos y sesenta voces, entre las que se cuenta la voz humana. Se paga por la entrada al coro doce guldems. Un timbre anuncia con diferentes golpes si lo que se va á ejecutar es la voz de bajo, la de tenor ó la de soprano. Sonaron tres golpes de timbre é inmediatamente comenzó el órgano á cantar una aria del *Tancredi*, exactamente como si cantara un excelente

bajo. Luego siguió otra aria de *Mártha* cantada por soprano. Los extranjeros que oíamos aquel prodigio del arte quedamos maravillados.

Resumiendo, las cosas en que Holanda es única ó se diferencia de las demás naciones de Europa tengo que decir que lo es,

En cuanto al aseo excesivo, llevado á un grado inverosímil. Esto en todo y todas las clases de la sociedad.

En sus murallas ó diques, que contienen el océano y hacen posible el hecho extraordinario de existir un país bajo del nivel del mar.

En ser el terreno más bien regado del mundo, por lo cual no tienen semejantes sus ricos prados, su lindo ganado vacuno y la calidad de sus quesos.

En sus ciudades, en su mayor parte cruzadas por canales. En esto, ciertamente, la supera Venecia; pero se diferencia de la reina del Adriático en muchos puntos. Venecia más que ciudad, parece una grandiosa necrópolis, cuyos palacios de mármol blanco fueran sepulcros de las leyendas de muerte y sangre de la edad media; ciudad de silencio y melancolía.

Tiene Venecia por embarcaciones las célebres góndolas negras que impresionan al extranjero cual sombríos ataúdes que vagan por las aguas de un mar sin vida ni movimiento. Todo lo contrario sucede en Rotherdam, Ams-

terdam y La Haya, modernos centros de un comercio activísimo, la alegría, el ruido y el movimiento continuo reinan en sus canales cuyas aguas suben y bajan con las mareas y arrastran las producciones de Oriente y las riquezas del Poniente para el bienestar y confort de los opulentos comerciantes holandeses.

Las ciudades neerlandesas tienen la doble vida que facilitan las aguas y las tierras, pues sus canales tienen malecones paralelos por donde van los carruajes, los factones y los tranvías, confundiendo á veces los árboles de los boulevares con los de los buques, mientras que la ciudad de los Duxes sólo es accesible por agua. Las casas de Venecia salen directamente de la agua, construídas como lo son, sobre pilolis ó postes como los muelles. Así es que de las habitaciones no se puede salir si no se tienen góndolas sobre qué navegar, y ésto indudablemente es incómodo. En una palabra, Venecia vive de los recuerdos del pasado, Rotherdam y Amsterdam del presente y del porvenir. Venecia concluyó su papel; las villas holandesas marchan hacia un progreso indefinido. Venecia pertenece á los poetas y á los soñadores, y las ciudades de Holanda á los hombres despiertos y amigos de la realidad y de la utilidad.